

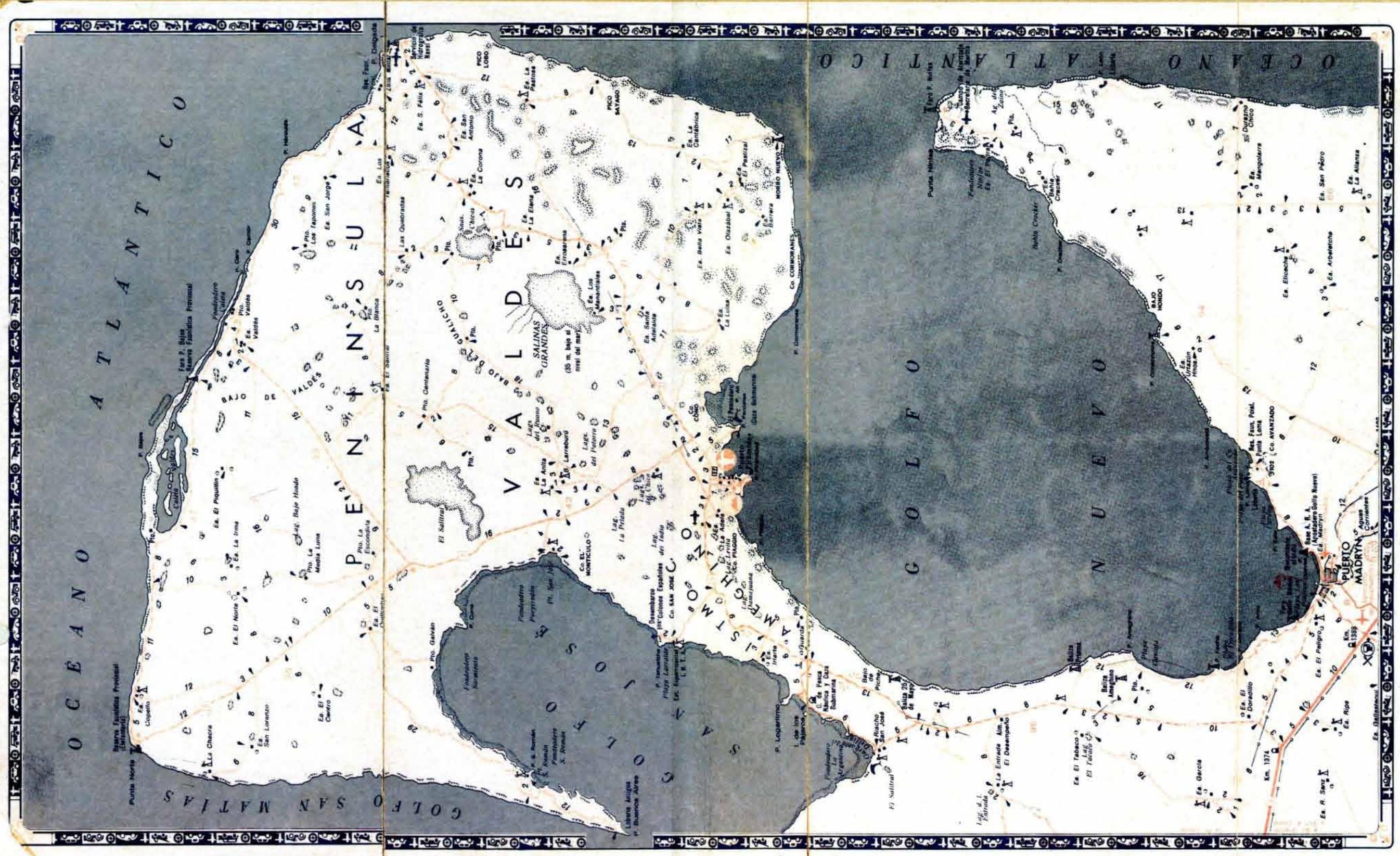
Alfredo Lichter

Penúltima Geografía
de Valdés

...a, exijase la marca "EL VENCEDOR"
da en cada hoja con letra y diseño de agua

PAQUETES DE 20 Hojas

...as marcas
... dibujo de papel EXTRA GRUESO



OCEANO ATLANTICO

GOLFO SAN MATEAS

P U E R T O R I C O

V A L D E S

S A N J U A N

P O N C E

A G U A D I L L A

S A N S E B A S T I A N

G O L F O

N U E V O

P U E R T O

M A D R I N

A G U A S

C O R R I E N T E S

P U E R T O

M A D R I N

A G U A S

C O R R I E N T E S

OCEANO ATLANTICO

Penúltima
Geografía
de Valdés

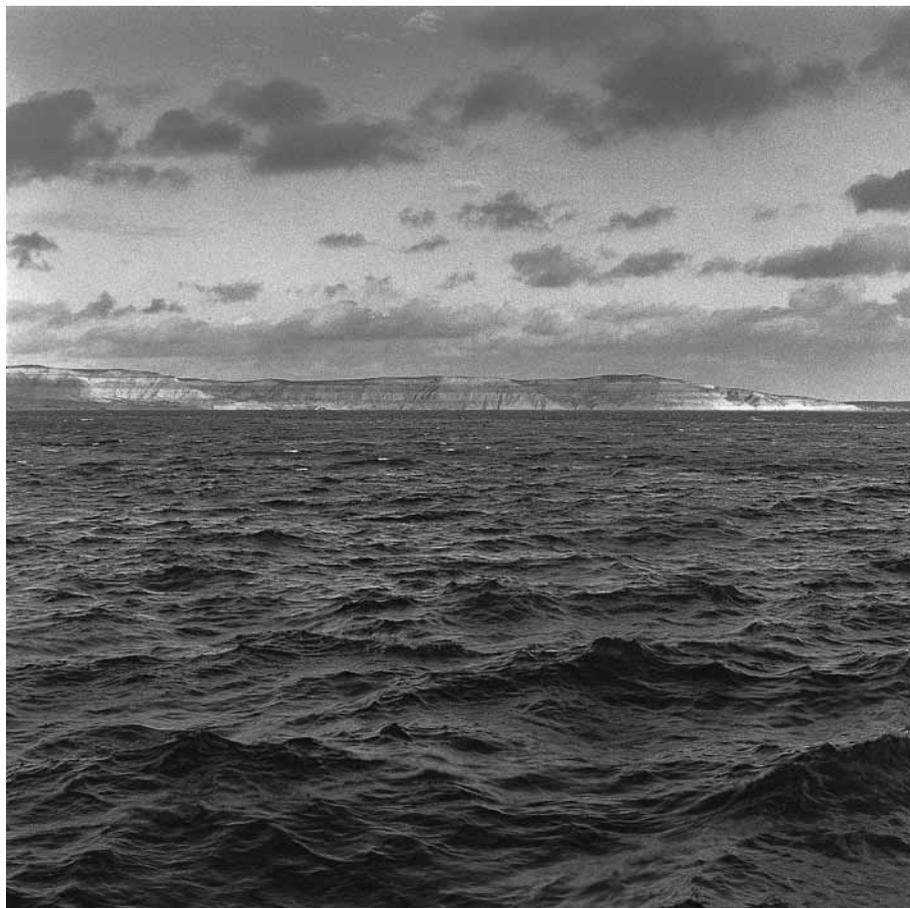
Penúltima
Geografía
de Valdés

Alfredo Lichter

Fotos de Virginia del Giudice



Dedico este libro a la memoria de mi padre, que supo regalarme el placer de la lectura y descubrió para mí a Jad bal ja, el león dorado y aquella historia del “gato que siempre anda solo”.



En esta tierra,
donde es posible sentir que hasta los suspiros se vuelan, sólo las
piedras han podido ignorar al viento.



Desde hace horas miro los autos entrar y salir de la estación de servicio. Cada quince o veinte minutos alguno se detiene y entonces, producto del aburrimiento, imagino historias a sus ocupantes a partir de la fisonomía o ropa que llevan, del vehículo en el que viajan. Un hombre solitario, en una camioneta desvencijada, le dedica el tiempo a una quinta de verduras sobre el río Colorado, el mismo que aquí cerca encuentra un punto final en el mar. Una mujer alta, prolija, tal vez sea una profesora de colegio secundario en algún pueblo cercano o quizás trabaje en la cooperativa telefónica. En unos momentos serán una referencia móvil del camino, ignorando estas fantasías detenidas, dejadas atrás.

Así siguieron las cosas esa tarde sobre la Ruta 3, mientras decidía donde pasar la noche. Había viajado en ómnibus de Buenos Aires hasta Bahía Blanca y luego en un camión que llegaba a un pueblo llamado Pedro Luro.

Horas antes, la despedida supo alejarme de un presente que sabía recordarme a cada paso aquello que yo prefería olvidar. Necesitaba un destino hacia donde dirigirme. Con la simpleza e inocencia que caracteriza a las almas castigadas, pensé que la elección de un punto cardinal podía ser un comienzo y el sur entonces, una buena alternativa. Conocía la cordillera, pero el resto de la Patagonia era algo remoto que me atraía, todavía sin razón. De repente, no sé cuando, alguien mencionó la Península Valdés. Apenas un nombre desconocido y por lo tanto nada sabía sobre él. Como la conversación fue una más, la referencia indiferente quedó flotando en el inconsciente de la memoria.

Por aquello atribuible a la casualidad, unos meses más tarde llegaba al Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia a resolver la indiferencia de un

martes viendo una película sobre ballenas y paisajes fijados en un lugar preciso: la Península Valdés. Durante la hora que duraron las imágenes quedé hipnotizado. Recuerdo a las ballenas sumergiéndose en una sucesión de cuadros lentos, el agua resbalando por la superficie brillante de unas espaldas enormes. En cuanto llegué a casa, fui directamente a buscar entre los ejemplares del National Geographic Magazine algún artículo sobre la Patagonia. En el número de marzo de 1976, dos años antes, descubrí lo que buscaba. Con la vista acompañé los animales marinos y terrestres que viven en la península, su contorno extraño que llama la atención sobre toda la geografía costera patagónica. Cuando dejé de leer no tenía dudas: Allí debía ir.

Siguiendo con este relato de fugitivo, aquella madrugada se despabiló en Bahía Blanca luego de un viaje iluminado por los faros desvelados que no supieron mostrar nada, apenas la incomodidad de los asientos y la mente ejercitando a la realidad. Poco importan los detalles, pero en un par de horas, desayuno mediante, viajaba nuevamente hacia Pedro Luro donde está enterrado Ceferino Namuncurá. Casi santo indígena y objeto de veneración local de fin de siglo.

En cuanto uno deja Bahía Blanca, el paisaje se altera. Los médanos, los pastos amarillentos, secos, la simpleza del horizonte nos sugieren una tierra diferente que muy cerca de aquí comenzará a llamarse Patagonia. Reflexiones para esa tarde aunque la prioridad fuera encontrar un lugar donde dormir. Finalmente, una habitación del hotel Salesiano fue el escondite temporario para cerrar los ojos y darle espacio a la libertad sin alma que es la soledad.

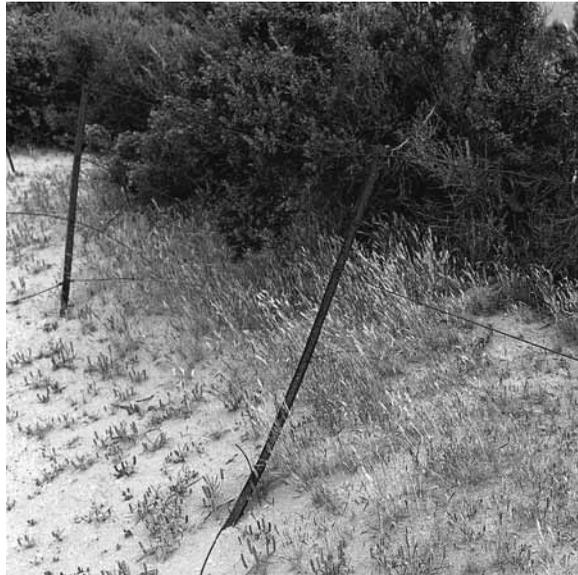
Al día siguiente ya me acercaba a Puerto Madryn y, en el mapa, la península continuaba siendo casi

una isla invadida por el mar. En la amabilidad de un guardafauna que debía llegar a Punta Norte, uno de sus extremos, tuve la oportunidad de recorrerla por primera vez. En esos años los visitantes no eran frecuentes y un poco de conversación, durante las tres horas del viaje, no se despreciaba tan fácilmente.

Los relatos y experiencias que siguen pertenecen a los últimos veinte años. No me he impuesto una exigencia de inventario, un detalle exacto de distancias y atracciones turísticas. Las ideas y detalles, los hombres y mujeres que completan estas páginas gozan o sufren arbitrariamente de la fantasía irresponsable que puedo proponer.

A esta altura puedo adelantar que la Península Valdés ya es parte de mi vida. He caminado su territorio y tratado a la gente que también la considera como propia. Lo que sigue es un intento de asomarme a su espíritu que tal vez vive, por imposición de unos tiempos analfabetos en aquello del respeto, los últimos años de parentesco con el origen. Es posible que todo cuanto sigue parezca nada más que un relato de ficción producto de la fantasía y el deseo; que mi visión de este destino geográfico sea una invención alentada por la impunidad que permiten las asociaciones libres; una traición perdonable del alma que crea espejismos donde poco hay o delimita penínsulas brumosas en la vastedad despojada de un océano interior. Si así fueran las cosas, no tiene importancia para mí, al fin y al cabo la realidad que percibimos puede ser un espejismo que tiembla frente a más de una historia.

Se despliega Valdés en el parabrisas. Ya no es necesario alentar la imaginación, puedo verla...



El Istmo Ameghino se enfrenta con los caminos que llegan al fondo de la península. Un corredor angosto de unos cuatro kilómetros, que divide al Golfo San José del Nuevo, y le regala una condición reservada, de límites precisos. Y esto, en la Patagonia interminable, es una característica que muy pocos destinos pueden reclamar. Quizá la Tierra del Fuego sea otro ejemplo, pero no, allí las dimensiones son otras.

En cuanto descubro las aguas del San José, la Isla de los Pájaros emerge a respirar. Una isla por compromiso, que depende de la marea alta para reclamar su condición ya que, cuando el agua decide retirarse, es posible llegar a ella caminando.

En unos instantes comienzan a sucederse los contrastes de colores y formas. Los acantilados, por ejemplo, cortes desgastados del suelo que atrapan en sus caras las tormentas y los días, parientes de las ballenas en aquello de impresionar por el tamaño. Proyectados hacia el mar en superficies oscuras llamadas restingas, recordatorios de una costa remota, cuando la tarea desgastante del mar, el viento y la lluvia no habían comenzado su carrera de destrucción.

En esta tierra magnética el transcurso del tiempo parece haber sido alterado. Aquí y allá los fósiles de ostras fueron, con veinte millones de años de edad, habitantes de un océano que siempre fue antiguo. Hoy, depositadas al azar por todos lados, son piedras preciosas expuestas a nuestros ojos y al cielo.

Es esta una geografía inagotable, que abruma de trabajo a quien se interese en ella, y da hospitalidad a un hombre atento al descubrimiento de caracoles diminutos, restos de hace millones de años, encuentros y desencuentros de teorías y especies nuevas. ¿Existía tierra en el horizonte? ¿Estuvo el mar por aquí donde la vista pierde eficacia y el desierto avanza? Con paciencia antigua, tanto como sus dudas y gestos, Rodolfo Brunet, ciudadano de Puerto Madryn, no cede ante las intrigas encubiertas de lo impreciso y recurre a la costumbre ancestral de salir a caminar. ¿A la búsqueda de un fósil más, desgastado, escondido, para agregarlo a una colección de cientos de cajas? No creo. Me atrevería a decir que es en realidad su espíritu quien ha pedido permiso y parte tras una explicación sobre el destino otorgado; a comprender los detalles demorados de la historia que le tocó protagonizar en una tierra que puede recorrerse día a día, hoja tras hoja de una enciclopedia silenciosa que incluye historias que el tiempo propone olvidar.

Juego de contraposiciones detrás de sus anteojos: La vejez exagerada de estos tesoros, la juventud de ese instante inicial, cuando abrazó su pasión. Viéndolas frente a frente, tan distantes una de otra, su curiosidad y la mía se preguntan: ¿Por qué?

A este espacio discreto, marítimo, le ha sido concedida una sola isla. Fondo submarino necesitado de aire puro, lejos de las presiones y la oscuridad.

Sin náufragos o desamparo, apenas una elección para aves que no dejan lugar sin cubrir con plumas y nidos irrepetibles.

Cada día debe orientarse al sol y en las sombras igualar a un animal gigante, al cráter de un volcán estático.

Arrasada la Isla de los Pájaros por el viento del oeste, su recuerdo indefinido está atado a nuestra imaginación.

Lejos de la orilla, en esta mesa están reunidos el tiempo estático de los umbrales junto a un grupo de estrellas que brillan más allá del techo y estos fósiles, víctimas de las circunstancias, la inestabilidad del mar, de su juicio final.



Rodolfo Brunet (Ramos Mejía, Buenos Aires)

Conocedor de caracoles, naturalista formado en los estilos detallistas del siglo pasado. Caminador curioso, apasionado por las cosas; estudiante de medicina y amigo de la paleontología. Paracaidista.

Llegó a la Patagonia hace veinticuatro años, siguiendo a un instinto rabdomante, sin ocupación fija, a buscar el oro calcáreo del pasado.

Su habitación de trabajo es misteriosa, llena de cajas para ordenar lo imposible, con etiquetas que recitan: *Acutostrea*, *Chione meridionalis burmeisteri*, Yacimiento Punta Fracasso y muchos otros nombres fantásticos. Un ambiente cuya penumbra debe parecerse al despacho del tío entomólogo, una visión lejana de cuando tenía diez años.

Empeñado en observar lo invisible, clasifica su alrededor pero el no puede ser clasificado. Con el fuego sagrado del amateur, es un fumador empedernido a la búsqueda de indicios porque sospecha que algo lo espera en el final. La esencia y condena de aquel que levanta cada piedra para saber qué se esconde debajo.

Allí dentro transcurrió su residencia
contenida, aislados de la lluvia
exterior como nuestros corazones.
No son éstos caracoles de vidriera,
atormentados por el tránsito, sino
aquellos juntados, centímetro a
centímetro, sobre la línea irregular
del océano. Todavía es posible sentir
en ellos el aire adormecido de una
vida que pasó.



Los acantilados reflejan durante la mañana la fuerza del sol
que lastima sus paredes.
En el atardecer, la sombra inmensa es un regalo sobre la playa.

De tanta bruma en el aire, el paisaje no alcanza a mantener una sola forma definitiva. Es difícil entender los límites del espacio, pero confío en que aún están. Cielo y horizonte tan lejos como se pueda imaginar, tanto que con la punta de los dedos no alcanzo a tocar nada, sólo a ocultar la luna sostenida en su altura provisoria.

Este paraje mantiene en mí una dimensión adecuada que permite a los anhelos volver del paraíso sin avisar. Para otros, simplemente un lugar de trabajo con tranqueras que cruzar. Y por aquí cada senda encuentra una. Cerca o lejos, de madera y cerrojos pintados, otras de alambre descuidado, confusas, maltratadas por los años.

Detrás de un silbido, envuelto en la debilidad de la madrugada, llega José Canilón. Sus responsabilidades como peón lo llevarán en unos instantes a recorrer el campo, acercándole su compañía ausente cada día. Esta mañana, como siempre, se levantó muy temprano, la costumbre de mirar a la claridad antes que el sol aparezca y tomar mate, mucho mate. La rutina diaria que sólo los domingos son capaces de alterar, permitiéndole al sueño disfrutar de un par de horas más. Su vida ha exagerado en aquello de la soledad y por eso las respuestas, dichas con voz de confesión, parecen perderse en los ríos secretos de la mente. Sé muy poco sobre José, casi no lo conozco y, por ello, mi imaginación no debería interpretar su mundo bajo mis deseos. Si no habla, asumo que

la melancolía lo ha atrapado y quizá simplemente esté distraído. La fantasía de las miradas y los gestos, las historias creadas con la rapidez de un segundo, cuentan con un significado cierto en cada individuo, en los demás...

Apenas conjeturas.

Más tarde, viajando hacia el sur por el camino que une Punta Delgada y Pirámide, el paisaje comparte un visitante de apariencia equivocada en este distrito opaco: Una salina brillante a más no poder. Las lluvias y los surgentes la inundaron, ocultando su piel rugosa con agua densa por la sal, las algas y los crustáceos estáticos. El cielo se refleja en este espejo y es muy difícil entender dónde termina la ilusión y da comienzo la realidad. Hasta los bordes llegan animales engañados por el viento. Guanacos dispersados en la penumbra sospechosa, grupos formados por hembras y un líder vigía, dominante de su territorio. Hoy la península les resulta extraña, fantasmas en el polvo por la desigual competencia de las ovejas y la caza que los expulsa de los destinos ancestrales. Durante siglos recorrieron estas tierras con prestancia de dromedarios para, en estos tiempos, caer exterminados de a uno. Fueron animales casi sagrados entre los tehuelches, de repente convertidos en ínfimos visitantes sin reino. Para ellos, guanacos mitológicos, la desventura se ha encendido y tal vez su única esperanza sea el olvido.



Se puede creer que el campo es un desierto vacío, ignorado por viajeros apresurados. Para mí, en cambio, se trata de un mundo complejo de relaciones encubiertas, al que es posible descubrir prestando atención a los detalles de la piedra. Mirar y volver a mirar hasta reconocer el zigzag de un pájaro entre las flores ocultas, mínimas.

Soledad, lejanía tejida en el crepúsculo, la estepa del corazón. Mis antepasados deben de haberse originado en ella.



José Canilón (Cona Niyeu, Río Negro)

Peón de estancia. Empezó a trabajar desde muy chico en un horno de ladrillos y después haciendo alcantarillas. Anduvo un tiempo por San Antonio Oeste para llegar más tarde a la Península Valdés.

En la esquila fue liencero, aquel que ordena los atados de lana.

Cuando es el tiempo de los corderos o después de una lluvia fuerte, debe levantar a las ovejas caídas por el peso de la lana. Controlar los molinos, cortar leña y mantener los alambres... Ah, y vigilar a los zorros.

Estos hombres expuestos al cielo y a la sentencia inapelable de la pobreza, compañía inolvidable de mi infancia, son parte indivisible del campo, recibiendo a veces menos consideración que las ovejas que cuidan.



¿Cuántos mares desaparecieron a través de los años?

Acaso sus tumbas hayan sido sepultadas por metros de arena,
cubiertas de signos que la naturaleza impuso.

En este bajo, el cielo apenas se ve y la salina es rosada durante
el día por el recuerdo de la piel de los caracoles extinguidos,
azul de otro mundo al anochecer.

Una leyenda de peces y olas trayendo noticias a la costa quedó en
el tiempo y hoy es sólo testigo un esqueleto circular, salado,
que muestra sus llagas al sol.

Aquí, en estos límites, se rindió un mínimo mar del sur. Turbio,
agotado hasta perder la fuerza a manos de un destino que,
pacientemente, esperó a que llegara el tiempo de su muerte.



En un rincón que pertenece al Golfo San José se encuentra el Riacho, una entrada del mar que alguna vez fue el sitio elegido por bandadas de flamencos que reclamaban para su provecho esta zona. Allí se levanta un caserío que alberga a unas sesenta personas, principalmente marisqueros artesanales y sus familias que, en orden de llegada, fueron construyendo casas, pertenencias acumuladas aquí y allá.

Es el caso de Américo de la Canal, pescador que cada madrugada le reclama a la marea alta permiso para cruzar hacia los fondos conocidos del golfo y dejar atrás al horizonte inundando su casa de náufrago, con redes colgadas y una silla destartalada bajo el techo de chapa. Con frecuencia la mañana lo encuentra sobre las aguas, un escondite elegido de tiburones peregrinos, custodios de las fronteras de un mundo austero de desencuentros y sueños que parecen rayos en el medio de la noche. Con la última luz del día llega para él la hora de regresar de un mar dormido donde, por unas horas, el hábito de los peces logró espantar a la soledad.

En el mismo Riacho se ha levantado una escuela que sufre el dudoso título de última escuela-rancho

de la provincia del Chubut. Y que también es el eje de una disputa ya antigua sobre si debe o no estar instalada en este lugar, en realidad todo el asentamiento, ya que el golfo es un parque marino protegido, al menos en los papeles. Y mientras se discute, no hay recursos. Con clases los martes, miércoles y jueves, los chicos almuerzan allí mismo. Visitándolos se advierte en ellos la ingenuidad del campo abierto. Algunas frases escritas en las paredes del aula: “¡Llueve!, ¡Lleno de flores! Encontramos un pingüino de la Antártida. En la escuela del riacho vamos a hacer el jardincito. Se quedó una ballena varada”.

Para respetar los alcances y buenas intenciones de este parque marino, el caserío del Riacho tendría que mudarse a Pirámide pero, mientras siga allí, la escuela debe ser la escuela y los derechos mínimos respetados. En este cruce de intereses, Andrea Bordenave es la maestra de primero a séptimo grado. Prestidigitadora a la hora de encontrar solución a los problemas, pelea en el día a día con aportes, ideas y esfuerzo; todo en una situación compleja que ni siquiera el viento llegado del mar puede despejar.

Sigo en el camino y entre la luz dorada descubro un gavilán junto al molino. Ojos de vigía, a ellos les pertenece la memoria visual de la península.



Américo de la Canal (Copetonas, Buenos Aires)

Pescador, habitante del Riacho. Hasta hace unos veinticinco años vivía en Mar del Plata cuando decidió viajar hacia el sur y establecerse en Puerto Madryn. Las condiciones y circunstancias están ya instaladas en un pasado que no vale la pena recordar.

Pesca mejillones, cholgas y almejas, salvo cuando hay veda y pulpos entre diciembre y marzo. Si se trata de pejerreyes o cornalitos, es pasajero en la marea alta de la mañana para volver a última hora.

En un vehículo rendido al paso del tiempo, viaja de vez en cuando a Puerto Madryn a comprar comida y abastecerse de agua. Aquí, en la precariedad de lo posible, se encuentra su mundo bajo las sombras suspendidas, cuadrículadas, de las redes sobre un entorno de pavos y gallinas, gatos y perros chicos.

Cuanto pueda acumular rodea este refugio en la tierra firme, una alternativa que disimule los días interminables sin pesca, con horas que casi no transcurren y están siempre allí, exigiendo al espíritu. Y para colmo, hoy, la rutina no se presentó a levantar una pared infranqueable que postergue los pensamientos. Sólo queda esperar la vuelta del trabajo en los campos del mar, porque esta quietud es más amenazadora que el frío del invierno o el viento milenario.

El golfo vió pasar frente al horizonte el misterio de unos peces cambiando de región, ballenas de océanos limítrofes, la soledad convertida en noche austral. Todos arrastrados por corrientes marinas que cada hora, estrangulan la entrada hasta, en un instante del futuro, tal vez, clausurarla para siempre.

Si ese día llegara, los peces y las ballenas serán rehenes sin rescate, la soledad imperturbable seguirá siendo noche en el sur y el San José, condenado a muerte, una extensión brillante con pocos recuerdos.



Andrea Bordenave (Puerto Madryn, Chubut)

La voluntad y la determinación deben proteger a las matemáticas de los caminos inundados. A las ciencias naturales del frío y a la educación cívica del viento y la sal, que no respetan a San Martín ni al Cabildo.

Andrea, al costado de la ruta esperando que algún vecino la acerque, maestra rural que estudió en Puerto Madryn y hoy vive en Pirámide. Cada día recorre los cuarenta kilómetros que la separan de la escuela construida en un lugar olvidado, al que llaman el Riacho. Allí están para ella otros hijos que requieren de la protección del alfabeto y el encuentro diario.

En su relato puedo oír las voces de aquellos chicos detrás del entusiasmo obstinado por esta escuela que, al dar refugio a esas almitas, tiene algo de paraíso en un rincón del purgatorio.



Sus ojos fijos en el verde obediente del pizarrón, viviendo la
alegría de aprender, llevando la infancia hasta el crepúsculo.
Mirándolo, quisiera que el destino derive el dolor mar afuera y se ensañe
con la primavera, o mejor aún con la tristeza empedernida.
Y si quedara tiempo, que lo pierda ordenando hasta el delirio la suba de
la fiebre en el infierno. Lejos.

Joaquín Suárez (Puerto Pirámide)



La caleta, Caleta Valdés en los mapas, es donde mejor han podido el mar y el campo, avanzar uno sobre otro. Hay galpones casi tocando el agua y avanzadas saladas donde debería haber pastos duros. La caleta en sí misma no es otra cosa que un brazo de mar separado por una lengua gris de cantos rodados, desplegada en paralelo hacia el corte inicial de una boca abierta al océano. Pero los entendidos ya han imaginado que, debido al juego de las corrientes y de la marea, yendo y viniendo cuatro veces al día, la entrada será finalmente obstruida, clausurada con carácter definitivo. Y pasará a ser entonces una laguna marina y luego tal vez una salina. Un pequeño estado independiente ya juzgado, condenado a olvidar el contacto marino. Un claustro para seres que seguirán subsistiendo, al menos mientras la vida esté atada a una gota de agua que la evaporación implacable respete.

Transformación, cambios, también para mi espíritu entretenido en aquello de mirar las aguas calmas, casi sombrías de la caleta que no admite el ingreso de la turbulencia ni de un grupo de toninas que nadan en la rompiente. Estos delfines grises, fantasmas que están y de pronto desaparecen son vencedores de la gravedad con saltos de circo. Impredecibles, ya se alejaron llevando la voluntad exploratoria hacia otras aguas. Vagabundos oportunistas, la proximidad de su sonrisa hacia los seres humanos debe de haberse originado en alguna historia muy antigua; inflexibles en el rol

de trashumantes, que lo diga aquella estudiante norteamericana que viajó con la idea de dedicarles tres meses de observaciones, para retirarse vencida sin un solo momento de éxito. Con frustración extranjera comprobó que no es posible determinar las decisiones de los espíritus libres. Es otra la personalidad de unos pingüinos que se ven en las inmediaciones. Algunas pocas parejas estáticas que viven en la aldea de frontera que es la caleta, desterrados de la gran ciudad de Punta Tombo, colonia cercana, gigante, con cientos de miles de individuos. En las barrancas, individuos casi torpes, pero en el mar se transfiguran convirtiéndose en ráfagas hidrodinámicas.

El mar que continúa siendo un sinónimo de actividad se impacienta por alcanzar la playa. Apurado como nuestras vidas que no admiten regalarse un instante de quietud y distracción. Indiferente, la caleta recibe algunos pejerreyes perseverando en su viaje sin destino, unas aves marinas flotando con la inmovilidad registrada de las tardes de otoño, y no mucho más.

En el oeste persiste en su avance el día hacia la noche. Circula la vida en las patas de animales que se dirigen a un reparo nocturno. Maras, liebres patagónicas reunidas en el descanso de una loma, frente al telón congelado que propicia la primera helada. A ellas, bajo la constelación atlántica, les queda ofrecer el vapor fugitivo de sus narices al desamparo de esta tierra.

Aquí las sombras, con su arquitectura intangible, están ocultas hasta casi desaparecer.

Exageradas en los acantilados, invisibles bajo un pájaro al mediodía. Con vida propia en las paredes, se dejan remontar por el viento sobre el aire vertical.

La aventura de lo cotidiano, la consecuencia de la corriente, son tesoros invalorables que circulan a través de la garganta, por la estrechez de su cuello.

Con agua robada al mar, la caleta es un río de movimientos previsibles, cada hora.

Para todos quienes lo descubren a diario, el horizonte del mar es una leyenda que atrae con la fuerza del destino; una sensación de lejanía y silencio que admite, sin cuestionamientos, ansiedades y deseos. Que logra detener a los ojos divagantes, exploradores irrespetuosos, impacientes por descubrir, como en un camino con tierra volando incluida, la sorpresa de una visita; un barco imaginario dispuesto a regalar sobre el mantel de la playa su carga: en una bandeja por ejemplo, los libros que perfuman el inconsciente, en otra las miradas prohibidas.

Ese mismo horizonte estuvo junto a los Harris, posado sobre las aguas del Golfo San José. Ellos llegaron a principios de la década del 80 desde Buenos Aires para cuidar una casa construida a orillas de ese golfo. De inmediato se convirtieron también a la religión de la distancia, en parte de una pequeña historia austral bajo la túnica del viento, la escuela de los acantilados.

El mar estuvo con ellos cada hora, en el desayuno y al acostarse. Organizó sus vidas ostentando la autoridad de las mareas y puso la ropa a secar siguiendo el ritmo de las olas. Si hasta convirtió su hogar en una extensión de las profundidades donde las ballenas detenían su ojo indescifrable en ellos, hipnotizando cada hora de soledad;

un aislamiento que a veces lastimaba sin misericordia.

En aquel cielo volaban las figuras móviles de petreles y albatros, infaltables cuando las nubes tocaban el mar y las olas levantaban una pared infranqueable. Aves marinas, ráfagas plateadas arrojándose sobre la superficie oceánica, a veces caminantes silenciosos patrullando el pedregullo secado al sol. Gaviotines y ostreros, todos juntos en una tregua de plumas en este hemisferio de sobrevivientes.

Ese mar que no regala nada terminó por admitirlos, concediéndoles una embajada en la orilla. ¿Un regalo? No creo, más bien un mandato que les exige, hoy mismo y para siempre, detener la mirada en el brillo de la espuma. Tarde o temprano, separados, prisioneros en tiempo y espacio será cada uno sorprendido. Durante el tedio de conversaciones interminables o en la madrugada del último día, una electricidad de caracoles y bruma marina los devolverá al comienzo de aquella juventud y niñez atravesada por la luz que entregaban las estrellas marinas. Escucharán entonces un sonido de caverna azul intenso en los oídos y la piel se les erizará con la fragancia de la sal. En ese instante torrencial, tendrán la certeza de haber regresado a su playa.



Solo, ignorado como la mano de un mendigo, voy en dirección al mar.
No puedo luchar con la tentación de cruzar hacia las olas y participar de la
espuma hasta resolver la fascinación de lo oculto.
Océano esencial, carcelero de estrellas y penínsulas, es hora de rendir
ante tu niebla fría mis pensamientos;
respeto tu poder de matarme, ayer, hoy, a cada instante.



Guillermo, (ciudad de Neuquén), Patricia, Eduardo y Sabrina Harris (ciudad de Buenos Aires)

Vivir aislados, volver al estilo de vida ancestral fue la elección. Mirar al cielo y esperar que llueva para intentar juntar, como fuera posible, toda el agua dulce que cayera de lo alto. Sentir el clima y disfrutarlo, salvo algunas noches de invierno, congeladas, terribles. Las ballenas, compañeras durante la primavera, las avutardas cruzando en el otoño. ¿Y el resto del mundo? Lejano, a través de la radio y los mensajes destinados a pobladores rurales, como ellos.

Una distancia con tranqueras y candados que supo desorientar a la vanidad y también por qué no, a la evocación de unas miradas en el tren de cada tarde, allá en la ciudad del pasado.

Hoy viven en Puerto Madryn respetando otros códigos, pero su intimidad, purificada por aquellos días cortos de julio o en la lentitud de la siesta peninsular, continúa salpicándose en la orilla sur del San José.

Son lugares solitarios similares al interior de una caja cerrada, extensiones de arena avasallada por la tormenta anónima de una noche, sólo la evidencia indefinida de unas algas abandonadas.

Esta playa sin nombre es el mejor territorio donde regresar para compartir el aire sencillo del mar y caminar, con la libertad concedida de no entender el día de mañana.

En mi reloj son casi las diez y el día que se niega a retirarse. Con la vista en el horizonte miro a la claridad rendirse frente a un remolino llegado desde el mar, ya se acerca la noche educada en el abismo oscuro. Horas atrás, la claridad era precisa como una guillotina pero, bajo las estrellas, las casas parecen fantasmas pálidos y el firmamento, algo todavía por imaginar.

Así es la naturaleza de esta noche, campo de batalla para sonidos inteligibles, hermética, que sólo accede a complacer algunos relámpagos brillantes sobre un espejo negro. Es la luna, que desafía a la autoridad para permanecer en el paisaje o las lámparas de barcos fijos más allá, parpadeando por un segundo.

Allí están, son las luces que iluminan la península, las reflexiones personales, mis declaraciones bajo la intimidad de las velas. Ésas que le daban imaginación al momento de irse a dormir, festejo o martirio divino de soñar para ordenar cada minuto de los días pasados; sin respetar cronologías o la lógica imparcial de la realidad. Historias que forman espirales surgiendo desde la profundidad misteriosa de lo desconocido, repitiendo pesadillas: las caras de aquellos que no han respondido a las plegarias, la respiración alterada y el frío de la transpiración. Fábulas secretas de otra vida en esta vida.

Linternas, el fuego, la salamandra casi un gato insomne y los sueños que son destellos luminosos. Todos antídotos imperfectos, no para protegerme de una noche con estrellas a la que no temo sino de la oscuridad.

Con la tarde llegamos a la playa buscando cada rama retorcida por la sal y las profundidades. Todo vale para formar un volcán con fuego desbordado que alumbre el corazón y comparta un momento de bengalas y mariposas volando entre nubes transparentes.

A los sentidos les he pedido que reflejen en los ojos la luz como un rayo y tu pelo sea un puente a la melancolía. Por horas. Hasta que las cenizas desaparezcan en la arena y la madrugada tome por asalto la garganta. En ese instante nos iremos siendo almas gemelas, silbando antes de que aparezca el sol. Abandonados de todo, un planeta ignorado por los telescopios, a la espera de que el sueño implacable de una noche en vela nos perdone.



Dos horas después de la medianoche, la luna rozó las ventanas de la habitación y acomodó su curiosidad debajo de la cama, donde todavía es extraño el ruido de la ropa al caer contra el piso de cemento.

En esa hora de rumores, la luz del desvelo nos alcanzó extendiendo el silencio por cada rincón hasta, finalmente en el misterio que habita el espacio privado, encontrar la complicidad de la respiración.

Un cuarto sin límites, de paredes que terminaban en el cielo y el techo una referencia difusa allá en lo alto; allí volvía a dormir, solo, angustiado por mi fantasía y la luz temblorosa de una estufa de querosén.

Recuerdo el miedo a las mariposas que visitaban el hogar remoto de vigas en sombras, del silencio pálido que cultivaban las luciérnagas.

Unas horas atrás, el techo era sólo el techo y el ropero una figura de madera impasible. Pero la oscuridad es diferente..

Escondido en la cama debía ignorar lo que ocurría y reclamar, con los ojos cerrados, que el sueño llegara de una vez.



Punta Delgada es una esquina bautizada que mira hacia el océano Atlántico, bajo un cielo cuidado por el faro que, de noche, es una referencia anunciando cuanto nos falta para llegar. A sus lados las playas se pueden leer como caligrafías partidas por el mar y el campo, un paisaje marginado con una línea de telégrafo que, hace algunos años, acortaba la distancia a Puerto Madryn. Entorno de ovejas, caballos y vacas, jardineros de los pastos cercanos, junto a los choiques patagónicos, impredecibles, que en su carrera saben mostrarle a la curiosidad la pulcritud blanca de unas plumas, casi enaguas indecentes.

En los alrededores, la unión de los escasos árboles ubica en el paisaje el caserío de las estancias: La Corona, San Félix. Una de ellas, Rincón Chico, es la propiedad de Eloy, guardián de la decisión de sus padres de fijarse un porvenir en la península. Su apellido, Olazábal, está emparentado con el relato de los pioneros, descubridores autosuficientes de un nuevo mundo. Llegados a principios del siglo con el optimismo que confiere la determinación, levantaron paredes, imaginaron algunos árboles y conquistaron las avanzadas con estandartes en forma de molinos. Máquinas perdurables que desafían la voluntad del desierto, marca indeleble del hombre de campo. Tanto como la polvareda y el saludo del molinero que hoy tiene que reparar el motor y dejarlo en condiciones para una nueva campaña. El molino debe perseverar por un año más.

Una línea desordenada de postes y cables cortados es lo que queda de este telégrafo. Incomunicación, la frustración del mensaje sin destino. Tal vez por ello, aquí mismo, escribo frases construidas con el interminable material de los días, ideas separadas por decenas de años, cada una formada en su tiempo. Deben ser simples aquellas palabras que se lean bajo la luz del día, sólo la noche perdona las imperfecciones del lenguaje.

Aspas afiladas por las nubes que brillan bajo un cielo indiferente. Símbolos de una colonización benigna, estos molinos, banderas inocentes, flotan sobre la piel gris del campo.



El reflejo del agua y las estrellas quedó atrapado en la lámpara del faro. Cada línea de luz recorre el mar, dividiendo la recta castigada del alambrado, el sonido encerrado de la campana de un barco entre la niebla.

Ayer se filtró por las paredes del galpón dejando a la intemperie un corazón envejecido por la mecánica de los recuerdos.

Un edificio vertical, espíritu de caracol con alma de polvo y alga púrpura, que mira al océano desde lejos.

Con cada tarde llega el torrero, resolviendo el tiempo de desatar una tradición circular para que, en estos años de máquinas perfectas, esta lámpara ilumine la noche de nuestra fantasía.



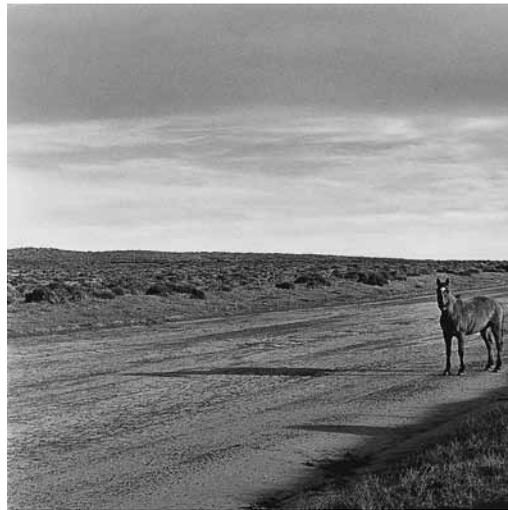
Eloy Olazábal* (Puerto Madryn, Chubut)

A fines del siglo pasado Félix Olazábal llegó a caballo desde la provincia de Buenos Aires arreando ovejas hacia Puerto Pirámide para, en ese paraje, dar por concluido el viaje.

Su nieto Eloy nació cuando en Puerto Madryn se contaban unos tres mil pobladores y, fiel a una herencia campestre, se crió en los horizontes extendidos de la península. Temprano, bajo la dirección de su padre, comenzó a trabajar como peón en los campos de la familia. El recuerdo constante: “Para saber mandar, primero hay que saber hacer”. Una vida siempre ligada a Rincón Chico, parte de la estancia que administra junto a su mujer e hijas. Los días, los años de trabajo pasan con la vista puesta en el cielo preguntándose si va a llover o atendiendo unas dos mil quinientas ovejas y la esquila. ¿Será el pasto suficiente? El telón de fondo pertenece al mar que pide consideración en el paisaje, pero no es escuchado. La mirada de Eloy está puesta en su tierra.

Los dueños de las estancias gobiernan y deciden el destino de extensiones precisas, incluso sobre aquello recibido en calidad de préstamo por la naturaleza. Pechos colorados, maras, guanacos y dunas, herencia circunstancial, irreplicable, que en esta tierra simbolizan la esencia misma.

*El 16 de Junio de 1998, inesperadamente, Eloy falleció víctima de un ataque al corazón. El texto escrito sobre él no sufrió cambio alguno. Un homenaje en tiempo presente a su vida en la península.



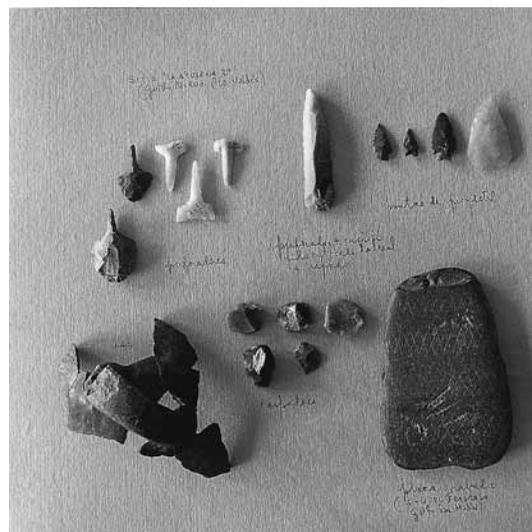
Los caballos aquí parecen haber recibido todo el tiempo del mundo. Su historia apenas les reclama escaparse de vez en cuando, llevando a volar los pelajes salados por el mar.

No son bestias aladas arrastrando carros de guerra. La vida es simplemente estar allí, nublando al sol de la tarde con un movimiento de la cola. En un entorno de animales predestinados a servir, aportan una cuota de dignidad a la realidad del campo.

Cada noche, estos caballos quietos, con las crines revueltas por la arena, agachan las cabezas bajo el peso de las estrellas y duermen.

Mansos, sin oponerse a nada, sus horas están ordenadas por el canto de los pastos huérfanos y del cielo.

Cada paseo nocturno en Punta Delgada me acostumbró al sonido oceánico. El mar que va y viene, los elefantes marinos certificando que no todo estaba inmóvil. Hasta que escuché el relato de un naufragio. Aquí cerca la intimidad de las víctimas, el dolor esparcido entre las rocas. Nunca supe los detalles, pero la noche en este lugar dejó de ser inocente.



No debe ser casualidad que, casi a diario, Nimpaciente, me detenga a pensar en el tiempo, aquél que altera las cosas y las aleja irremediadamente, sin certezas. ¿Será posible retenerlo entre los hilos de esta telaraña que se cruza en mi camino? Estructura flotante en un espacio de habitantes voladores, laberinto a vuelo de pájaro donde, quizá, la eternidad encuentre una explicación.

Universo complejo el de los insectos, difícil de entender; como todo aquello gobernado con reglas crípticas, ajenas. Desde hace horas observo a la araña en su trapezio sin poder definir qué ocurre con ella. Es que necesito ver más allá de mis ojos y este conocimiento limitado porque, de otro modo, sólo podré acceder a la obvedad, su revelación enigmática será irremediadamente incompleta. A la manera de un muestrario en el mundo vegetal estas telas, archipiélagos de islas transparentes, se evaporan con lentitud frente al sol.

En la península es posible encontrar pequeños tesoros con forma de puntas de flecha o boleadoras de piedra. Artefactos que transportan mis pensamientos a otra edad hundida en el polvo desordenado, sufriendo cada uno la fatiga silenciosa sólo conocida por los siglos.

Camino con la mirada puesta en el suelo a la espera de reconocer filos, morteros, raspadores o cuchillos de basalto, olvidados por algún navegante de la estepa, viajeros errantes recuperando con sus pasos el cordel avejentado de la costa. Fogones ya fríos o restos milenarios de una tumba que el viento y la lluvia implacablemente desenterraron, dejando a la vista unos huesos delicados, con la transparencia del papel de una Biblia. Sobre un acantilado, Julieta Gómez Otero, arqueóloga, interpreta las señales funerarias. Se repiten palabras entre nosotros que podrían componer un conjuro. Dichos que pretenden alcanzar la profundidad donde yacen los huesos hasta agregar una dosis de respeto a la tarde. La tumba es una herida legada por un entierro ya huérfano y, a través de ella, los pensamientos resbalan lentamente hacia el origen. Es el tiempo el que ha quedado a la intemperie y a cada instante se lleva algo. Imposible de asir, va escurriéndose a través del pozo abierto. Ordenando causas y efectos en la araña, la tumba y Julieta, pero con distinta medida. Arbitrario y subjetivo.

Van y vienen las preguntas, las dudas, alguna respuesta frente a un mar calmo con un sol vespertino que ya no existe. Así llega la noche en este ambiente de pocas compañías, mortaja fúnebre y calavera solitaria.

Óxido áspero, persistente sobre las chapas descoloridas,
vejez en los clavos quebrados del alambre.

Agujas de un reloj marcando la línea curva de un tiempo que
se vuelve gris entre la decadencia y la tristeza, metros
antes de que nos invadieran.



Julieta Gómez Otero (Goya, Corrientes)

En 1978, con la determinación de los peregrinos y la soledad de los obstinados, Julieta trasladó sus cosas a Río Gallegos. Decisión que la convirtió, por aquellas épocas, en la única arqueóloga que vivía en la Patagonia. Con espíritu trashumante se estableció, años más tarde y junto a su familia, en Puerto Deseado, Pico Truncado, Trelew y finalmente Puerto Madryn. Para ella lo antiguo es una obsesión que logra desvelar a su propio tiempo; un rompecabezas casi incomprensible que la conduce hipnotizada, y desde los despojos maltratados de lo cotidiano, a reconstruir la memoria misma de los antepasados. Es, sin duda, fascinante atravesar los corredores del pasado pero comprendiendo que, debido a lo incierto, la verdadera y profunda significación de las cosas será alterada. Aquello que ya ocurrió no puede ser atrapado con precisión, la historia que se escribe es una nueva historia.



Desde hace más de veinte años, bajo este cielo patagónico, las preguntas en la mente de Claudio Campagna, médico y biólogo, se disparan como rayos a través de la materia. No es otra cosa que el desafío de comprender aquello de las esencias. A quién interesa que las novedades hayan inundado la atención con noticias lejanas, si una foca hizo vibrar sus párpados. Y eso para la costumbre de vivir con la pasión comprometida en la defensa casi irracional de cuanto nos rodea, es suficiente. Uno no nace con este convencimiento, se convierte y por lo tanto la determinación es hasta las últimas consecuencias, sin renuncias.

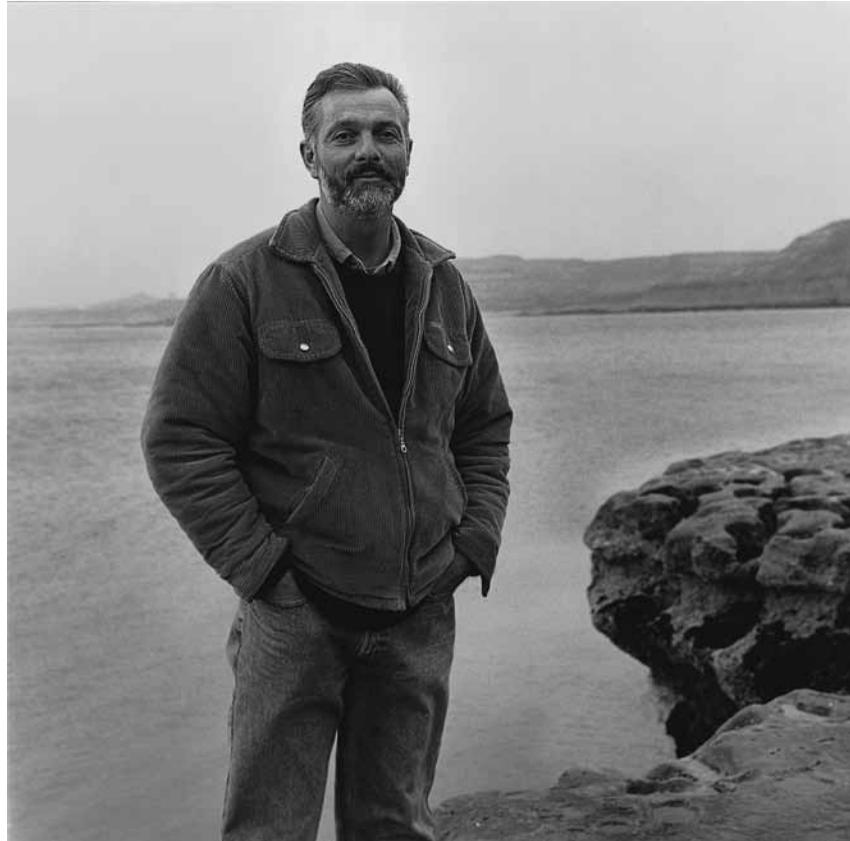
Trabajo de sutilezas el suyo, cuando hacia fines de la primavera los elefantes marinos desaparecen tras la rompiente y llega un tiempo de imaginarlos iniciando el rito central de su vida en el mar: Bucear. A partir de ese momento la mente curiosa del investigador descenderá con ellos a las profundidades durante meses, sin descanso, a buscar alimento y dormir en aguas frías. Máquinas de fantasía exponiéndose a una presión devastadora que aplastaría lo imposible. Olvidándose de respirar por horas, sumergidos en la oscuridad absoluta, detrás de la luminiscencia de organismos extraños, sus ojos abiertos deben de parecerse a esferas negras observando colinas, valles y laberintos, los cuales aún no han sido bautizados.

Así transcurre cada año hasta que el verano marque el camino hacia Pirámide o Punta Buenos Aires. Viajando por huellas imperceptibles que el polvo se empeña en ocultar, debe dar comienzo

la rutina de observar a la sociedad lobuna que no entiende aquello de admitir medias tintas. Machos adultos que cubren con su sombra a las hembras. Jóvenes paseando a la frustración por los límites del harén, negándose a aceptar la incapacidad para competir con los jefes de la playa. Así van transcurriendo las cosas, pero hay ocasiones en que la valentía es una cuestión numérica y, por ello, con la seguridad que brinda la proximidad, los pretendientes atacan los harenes hasta provocar una revolución que fractura esta organización complaciente con los adultos. Confusión, la tranquilidad alterada por la violencia, el reiterado momento del oportunismo. Pero las cosas no lucen como parecen y, paradójicamente, los únicos beneficiados del grupo agresor son aquellos adultos que participaron del ataque y no los jóvenes que, al no poder competir con ellos, terminan fuera del asunto. Realidad inevitable para estos inexpertos, los cuales ya tendrán una etapa de poder pero que, hoy, ocasionan caos social sin cambiar la estructura básica de esta sociedad.

Estos elefantes que, como nadie, han descubierto el interior del océano austral y los lobos marinos, sobrellevando la incertidumbre que significa el día a día, son observados a la distancia por un hombre despojado de las formalidades superfluas de la ciencia, regocijándose por lo que un animal, un individuo, es. Que, de pie en una playa de cantos rodados, confía en el método pero también en la magia de lo inesperado para asomarse a lo incierto.

Piedras partidas, cantos rodados llegados de las alturas
cordilleranas, suavizados en la fricción abrasadora del tiempo.
Fuente interminable de joyas moradas para mi colección privada,
competencia con la arena en el límite del mar, donde el agua y la
espuma liberan una avalancha, un desmoronamiento de eslabones sin fin.
Su voz grave, me imagino, es la advertencia de un semidiós marino.



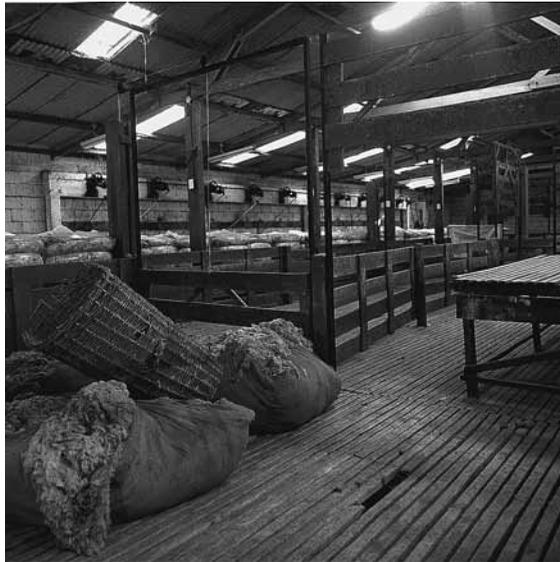
Claudio Campagna (San Miguel, Buenos Aires)

Practicante de la introspección, caminante incansable de la península y curioso del comportamiento animal, su pulso se acelera ante la búsqueda de aquello insospechado que vive en la imaginación de otros seres, humanos o animales. Los días de la juventud, la fascinación de un amigo por el mar lo guiaron casi de repente hacia la Península Valdés. El primer elefante marino, la distancia inabarcable del mar abrieron una senda hacia el futuro, mientras reclamaba ideas y fundamentos. Darwin y los textos de etología de Konrad Lorenz fueron anclas que lo afirmaron a la playa; la misma que alberga a los harenes de elefantes y lobos marinos en sociedades contradictorias que no dan tregua al asombro.

Y allí está ciertamente parte de su vida. La otra, indescifrable para los extraños, persevera en la necesidad de comprender cada madrugada, cuando el silencio y la luz primordial demandan las respuestas esenciales, aquellas que dan paz a los instintos del espíritu.



Camino cubierto de pasto y huellas secas, polvo olvidado que ya conduce a ninguna parte, casi autopistas para los pájaros que recorren la tierra. Por una línea de culebra como esta llegué un día hasta el final del mar, la primera vez.



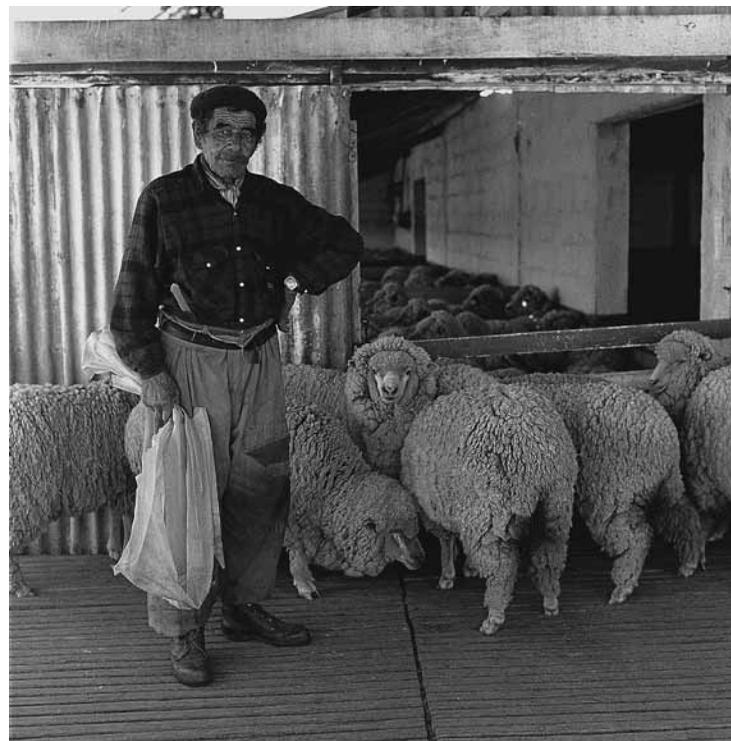
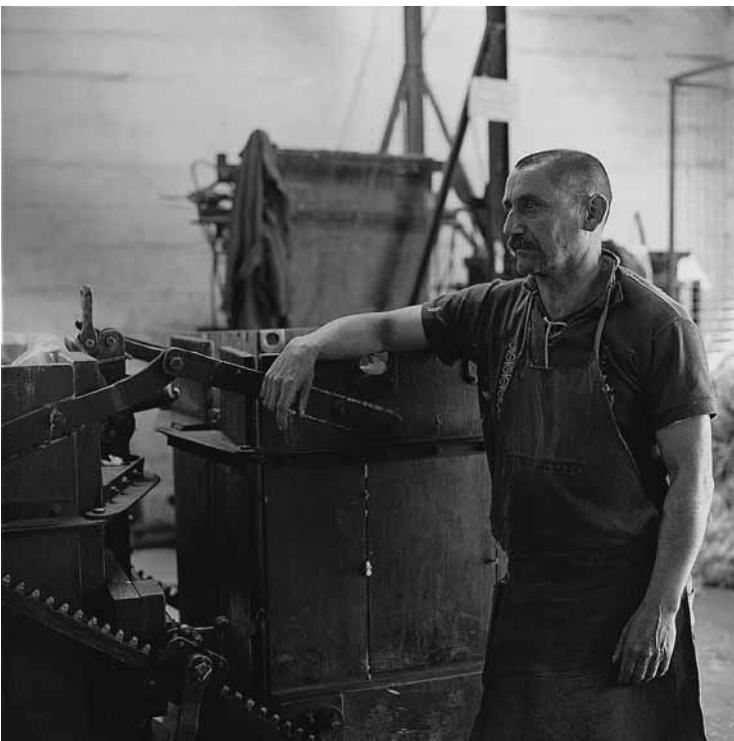
El viento tiene momentos en que parece Empujar al sol o robarles minutos a las horas. Llega rutinario del oeste o del norte, cruzando el golfo. Hasta diría que puede separarnos, enredando las palabras, envejeciéndolas. Está presente luego del amanecer o de vez en cuando hacia el final de la tarde y uno, fatalista, se imagina el próximo día polvoriento, sin descanso. Es el creador de la personalidad de un lugar formado bajo su fuerza. Península Valdés o Patagonia deberían escribirse siempre con letras inclinadas.

Su recorrida no deja puerta por donde soplar y, por ello, los galpones de tamaño desproporcionado son una excusa para su placer; la satisfacción de filtrar su tormenta por las rendijas, en ocasiones apenas sobre el murmullo del mar. Dentro de ellos, la impresión de techo volado o terremoto etéreo es constante. Mientras miramos hacia arriba, nos alcanza la sensación de catedral, de palabras dichas en voz baja, es el respeto por la luz cortando la oscuridad. Igual para todos aquellos que pasen frente a sus puertas, humanos o animales. Como los zorros, cuando el hombre decide ausentarse temporariamente

y dejar en manos de la naturaleza sus posesiones. Llega entonces la oportunidad de acercarse a resolver las intrigas que tocan la curiosidad. El zorro y no el gato debería haber sido domesticado. Sería tan independiente como él y no se prestaría a robar el calor de la estufa en el invierno. Sus ojos taladrarían el horizonte, rivalizando con el perro en el papel de vigía elegido. Pero la fábula concluyó con otro final y hoy, sombras grises, desaparecen en un abrir y cerrar de ojos.

Así transcurren los días hasta que el escenario vuelve a ser otro durante la temporada de esquila. Las ovejas que van y vienen, dirigidas por peones y perros, al paso lento de la sabiduría ovejera. Es la primavera que alcanzó la fortaleza de murallas grises, descoloridas. Trabajo, visitas y máquinas que alteran los sonidos, cubriendo de voces cada hora. Pero todo tiene un fin y pronto este territorio pertenecerá otra vez a personas y animales que, sin ser advertidos, atravesarán el silencio con miradas solitarias, y el galpón... Habrá recuperado su crepúsculo, volverá nuevamente a ser catedral.

En la madrugada temblaron las casas y el silencio fue acechado. El viento inalterable apresuró el tiempo y las olas, se robó la tierra de los caminos, apuñaló sin piedad los ojos de las ovejas hasta la ceguera. Casi por error arrastró nuestro amor. Descubrió el paso de mis manos hacia tu blusa transparente y traicionó el territorio que creímos asegurar noche tras noche. Desesperados salimos a buscarlo por los techos. En la esquina de los náufragos se admitió el paso de un instante inolvidable llevado entre las nubes. Otros llamaron para señalar tus secretos en el puerto, unos pescadores los jugaban al azar sobre las redes. Fuimos caminantes de la orilla que olvidaron atar sus vidas hasta lastimarlas. Víctimas del clima, las corrientes ascendentes, el desinterés. Sorprendidos por la oscuridad del cielo nos derrumbamos, vencidos por ese viento, el mismo que, aunque separados por la inmensidad de los años, persiste en su carrera eléctrica entre nosotros.



Una atmósfera de polvo suspendido tocó cada rincón. Desde hace unos minutos sólo se oyen las pisadas de las ovejas y el aceite de la esquiladora perdiendo calor. No queda nadie hasta mañana. Agotamiento, el día terminó. Unas horas antes el ruido del trabajo, de animales y máquinas crujiendo sepultó las palabras dando paso a las señas precisas, las miradas. Nadie dijo nada, la rutina heredada maneja la precisión de un reloj. Este grupo de personas, “la comparsa”, no reconoce en su origen un pueblo único o paraje.

Ni edad o pasado. Los esquiladores abrazaron las ovejas recuperando la lana con herramientas mecánicas; hoy, en esta esquila moderna, las tijeras forman parte de lo pretérito.

Durante horas se afilaron las cuchillas y volaron los cueros, uno tras otro, sobre la mesa donde se seleccionan los vellones, las bolsas que los reciben, los cajones de madera y el prensador incansable pisando la lana. La balanza y la estiba, el esfuerzo.

Mañana será igual, hasta que el último animal haya perdido identidad. Como hace siglos, las ovejas han entregado sin remedio su vida a los hombres.

Balbino Castillo Zapata, “emprensador” (Coyaique, Chile)

Isabelino Olivares, peón (Lago Buenos Aires, Santa Cruz)



Hace media hora que bajo y vuelvo a subir a la camioneta abriendo y cerrando tranqueras, pero así es el camino a Punta Buenos Aires que, junto a Punta Quiroga, dan forma a la entrada del Golfo San José.

Punta Buenos Aires, un sinónimo manifiesto de la soledad, no puede ser accesible. Y por ello, estos puestos remotos de estancias que veo en el horizonte son casi islas en un mar vegetal duro, grisáceo. Un destino exigente para puesteros como Domingo Curiche, que sabe que una noche puede ser igual a otra y que este día es apenas el pasado de mañana. La simpleza de unas casas que albergan historias con un clima de escamas, plumas y pieles. La esquila, un velorio, la despedida frente a la resignación de una temporada interminable por delante. Por ello cada visita debe atesorarse y retrasar con un último mate, ese instante de voces humanas al amparo de las paredes.

Pero llega el tiempo de seguir viaje porque, en la misma punta de esta franja olvidada, está encendiéndose la farola. Construcción pequeña que

soporta el viento constante que se escapa hacia la península. Trepado junto a la lámpara puedo ver el agua y la costa del Golfo San José, el San Matías, la marea bajando. Elementos simples de la geografía, rocas, agua, tierra, presentes por azar pero desprovistos de la complejidad que mi fantasía les quiere asignar. El estado de ánimo no pertenece al entorno sino a la mente que, para descansar se toma la libertad de compartir su alegría o sufrimiento. Y aquello que nos rodea es, en general, una buena oportunidad.

Con constancia persisto en mirar al oeste, interrumpido por un cielo de tormenta que entrega una luz débil a mis pupilas. La claridad huyendo, el miedo ancestral a las horas imaginarias que están por llegar.

Cada viaje a Punta Buenos Aires parecería ser un regreso que, en el silencio, deja al descubierto, ejercicio introspectivo, algunas razones esenciales. Caminar bajo las estrellas en sus dominios, peregrinar hacia el punto final es, como dije al principio, clausurar algunas puertas y abrir otras.

No es necesario cerrar los ojos ni dejarse atrapar por la melancolía. Si queremos interrogar a la claridad y escuchar cómo nuestra vida le suspira al destino, la elección debe ser Punta Buenos Aires. Allí los ojos se imponen el foco de la distancia y la sangre viaja a la velocidad de los insectos equilibristas.

Por estas razones quisiera aquí fijar residencia, un refugio que acompañe a la esencia del faro. Si finalmente no es posible, tal vez se autorice un cementerio de pocas tumbas al que no sea necesario visitar. Y si por acaso alguien preguntara, pudiera responderse: Está en el paisaje, aquel que deriva con la tierra cada día y vigila la entrada del viento al golfo.

Abandono, realidad modesta.

Los puestos de la península tienen una naturaleza oscura, al igual que esos días lluviosos, en su hora última, cuando la soledad parece alcanzar cada centímetro.

La noche es fiel a la leyenda de un zorro desde el punto más negro del horizonte, con su aullido siguiéndonos bajo la forma de un relámpago de pena.

No puedo verte, no hace falta en esta hora cuando el cielo flota sobre nosotros como una manta de estrellas incontables.



Domingo Curiche (Gastre, Chubut)

Gastre, Telsen, toda una vida de trabajo esforzada que, en 1975, lo acercó a la Península Valdés; hoy es puestero en Punta Buenos Aires, grupo ordenado de galpones y depósitos que aún pertenecen a la Marina. Una vida solitaria, aislada, con sus perros ovejeros y la responsabilidad de ovejas y alambres. Día amargo y vecinos distantes. Mundo chico de los puesteros, que sobrellevan el riesgo impuesto de que se llegue tarde a su muerte.



Hay sonidos que no pueden olvidarse, llegados de repente desde la oscuridad. El sobresalto nos sorprendió en el comienzo de una noche silenciosa que hasta ese momento pertenecía a tres satélites luminosos. Reflejos lejanos de una piel de metal, insensible. ¡Miguel se desmayó en la cocina! Cuando llegamos estaba inmóvil sobre las baldosas, rodeado por sombras bajo el resplandor de la luz temblorosa de un Sol de Noche.

Apenas pudimos llevarlo a la cama. Sus hermanas rezaron el rosario y lo taparon porque afuera refrescaba. Todos sabíamos que estaba muerto, pero el doctor cuatro horas más tarde tuvo la palabra. Un ataque al corazón y se murió, dijo. Como algo natural en el campo; aquí se muere un caballo, una tía del pueblo...

La muerte no fue algo nuevo pero por un tiempo no pude dormir tranquilo y en cada noche lo lloré como despedida. Si unos minutos antes conversamos como siempre, cuántos años de conocernos y ahora está allá solo, en la penumbra del cuarto.

Una y otra vez les busqué un significado a las formas que me rodeaban: Mapas con fronteras y ciudades capitales o rostros humanos descuidados, todos presentes en la humedad persistente del techo de la habitación.

Noches que duraron una eternidad hasta que, en un momento que se pareció a la resignación, pude aceptar el desterrado punto final de los cuerpos.



El Golfo Nuevo mantiene una batalla diaria en el intento de resistir a las miradas indiscretas instaladas en la frontera sur de la península. Por sus aguas navegan los barcos hacia Puerto Madryn; también en estas orillas se ha desarrollado Puerto Pirámide y allí se despiden las lanchas que parten en busca de las ballenas. “Pinino” Orri, guía ballenero, casi un personaje protagonista de Moby Dick, conduce a los turistas que presienten la proximidad de las “francas”. Rasgo misterioso es la devoción por estos animales marinos, que sólo muestran partes de sus cuerpos pero que atraen la sorpresa y la atención de los forasteros.

En Morro Nuevo y Punta Ninfas, extremos en la entrada de este golfo, la luz de los faros interrumpe la intimidad de la niebla. Hasta su corazón profundo ha sido vulnerado y muy pocos tramos de la costa permanecen a salvo de pisadas delatorias. Pero no ha sido totalmente vencido y persevera en su obstinación solitaria; para ello desata tormentas que asustan a los marineros y cubre con olas todo aquello que se le antepone.

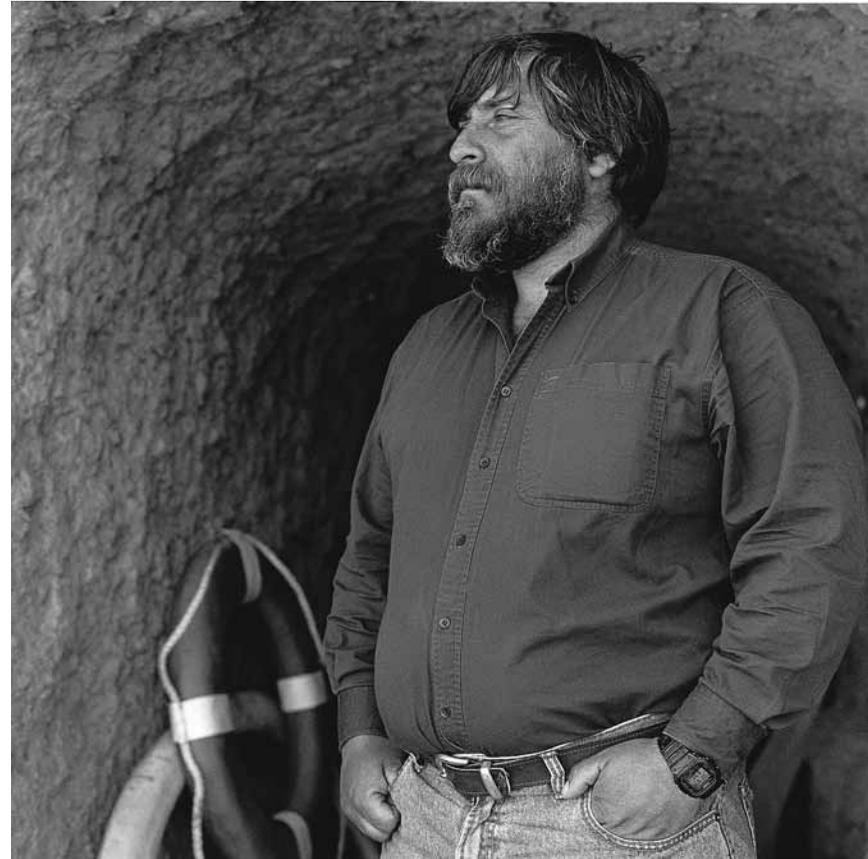
Frente a las playas de La Adela, un grupo de ballenas perfecciona los procedimientos que generan descendencia. Los sentimientos en esa confusión de cuerpos y aletas parecerían no pertenecerles y apenas estar reservados para aquellos que miramos a distancia. ¿Será realmente así? La pasión de un encuentro en la intimidad o la perseverancia en el abrazo pueden presentirse entre los pasajeros del bote pero, ¿y debajo del agua? Los expertos nos recomiendan prestar atención al instinto animal, la práctica heredada en una oposición microscópica de óvulos y espermatozoides. Indiferentes a todas estas especulaciones, las ballenas continúan con un juego amoroso hasta darme la impresión de que, en este apasionamiento de los machos y en la evasiva actitud de la hembra existe, además de una estrategia selectiva, permiso para la fantasía más acalorada.

En la costa, indiferente a lo que ocurre, un insecto casi invisible le ruega benevolencia al calor del mediodía.

Mirando hacia el Golfo Nuevo, siento que el aire es una brisa inmortal. Que los acantilados de Punta Ninfas, a la distancia, parecen una línea clara de paredes, ciudad medieval y Muralla China, temblando en la frecuencia del espejismo.

Y de repente siento la necesidad de detener el viaje, que sean otros quienes continúen; llegó para mí el tiempo de pedir asilo en la prisión de esta península con la rebeldía inconsciente de los ilusos.

Por la duna trepa el escarabajo arrastrando su sombra, rodeado de límites y fronteras que obedecen a la voluntad del sol. No mires más allá. Tengamos la paciencia de esperar a conocer su destino, celebrar el momento en que triunfe sobre el filo imposible de una pared interminable. Acompañarlo y dejar que nuestros relojes registren un tiempo de patas vencedoras sobre cada grano de arena. Que las máquinas y las agujas envejezcan hasta reconocer que la vida transcurre aletargada; así sabremos que la tarde, junto a una huella silenciosa, nos han regalado un segundo más.



Ricardo "Pinino" Orri (ciudad de Buenos Aires)

Cuando el mes de octubre del '74, Puerto Madryn lo vio llegar de Buenos Aires, la abogacía ya se había rendido ante la alternativa de mantener la vista en el Golfo Nuevo. Casi de inmediato concentró su atención en el oficio de cazador submarino, de querer conocer el mar y sus criaturas. Estar allí, cruzar la orilla era el desafío y por ello el hábito del marisquero lo atrapa durante doce inviernos, acercando su pasar a las ballenas y los peces, a todo aquello que vive en el hogar primitivo. Y cuando se comienza a conocerlos, a verse reflejado en sus ojos, el arpón y la red deben colgarse en la pared y condenarlos a servir a los fines de la decoración marinera.

Sobre fines de los '70, cuando podían contarse con los dedos los interesados en embarcarse a ver las ballenas, Pinino encontraba la forma de participar y poder tener, al alcance de la mano, la piel brillante de los cetáceos. Más adelante esto se convirtió en una profesión y hoy en día participa del rito, es el mediador para los turistas adoradores que peregrinan hacia Puerto Pirámide. Reconoce individuos entre las ballenas, las recibe cada temporada; intuye los límites de la confianza y detiene los motores de la embarcación para dejarse llevar por el viento y las corrientes. Las exclamaciones, el asombro de los pasajeros ante los saltos espectaculares o el movimiento turbulento le confirman su elección pasada, como si fuera una breve sonrisa del destino.

Cuando se ha pasado mucho tiempo en este lugar, los relatos de la transparencia del agua en Punta Pardelas ya no sorprenden. Destino de buceadores de todos los rincones que llegan una tarde y a la mañana siguiente han desplegado sus banderas abiertas a la luz del sol, moviéndose con el viento y las mareas. Es esta última una suerte de reloj para quienes comparten los dominios costeros. Predecibles, las enormes ondas parecen picos y valles que acompañan la redondez de la Tierra y que confían en la luna llena, para extenderse en toda su dimensión. La influencia intangible de los astros tiene la precisión de una profecía exacta, desprovista de conjeturas.

Una mañana en la playa, a la espera del instante adecuado para comenzar su trabajo, Eugenia Zavattieri, experta en esto de desaparecer bajo la superficie, va confiándole al cielo los secretos, las sensaciones de este reino casi ajeno. Sólo con las palabras necesarias, permitiéndole al sonido del mar interrumpir la conversación, fue relatando para mí la cara oculta del espejo. Aquella que refleja desde una procesión de anguilas dejando líneas en el fondo hasta esqueletos de ballenas y barcos descansando para siempre.

Un mundo de luces tenues, sostenidas por alambres invisibles, que aloja criaturas difíciles de imaginar como los pulpos. Habitantes de grietas muy angostas, cazadores nocturnos de cangrejos con los ocho brazos flotando al ritmo de un viento submarino. Ilusionistas, conocedores de los secretos del mimetismo, se vuelven pardos en un abrir y cerrar de ojos. Así fui conociendo las historias sobre cardúmenes plateados, del placer que una ola de diamantes puede ofrecerle al cuerpo.

Finalmente en su compañía decido vulnerar la superficie. La claridad es un reflejo que se va extinguiendo y da la impresión de que allí no hay espacio para los sentimientos, que los ojos de cada animal están vacíos. Todo flota aparentemente, las algas siguiendo el compás de una música lenta, sombría, interpretando tragedias contenidas en las profundidades donde se esconden secretos que no deben ser perforados por máquinas ingeniosas. Que, con la paciencia que otorgan los siglos, han sido, alguno de ellos, reservados para las manos y labios de una nadadora; la misma que cada madrugada desata el rito de regresar al mar.

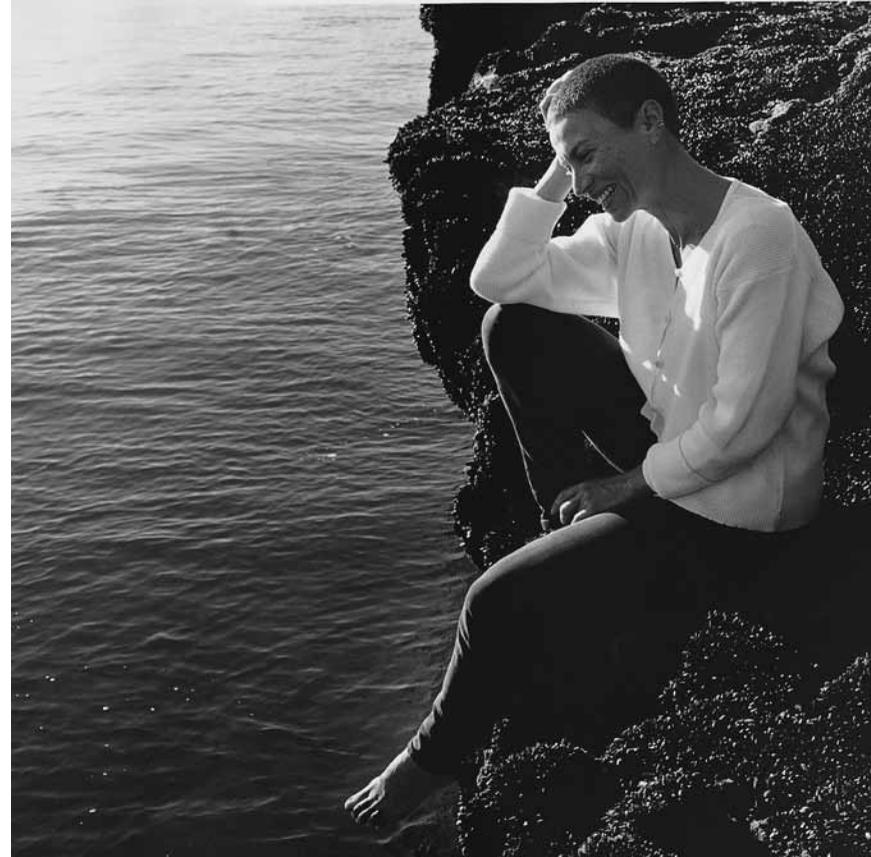
Una señal visible del mundo submarino es Punta Pardelas, donde el baile de los astros deja al descubierto los secretos que se nos ha permitido compartir. Un laberinto sin alternativas que hace imposible precisar la dirección del silencio.

A la manera de los campos de algodón, en el agua se suspenden organismos etéreos, navegantes. Es la simpleza del pez o la extravagancia de un manojito de espinas, identidades sin rostro. Aquí hasta la luna parece ocultarse de algas cuando sale.

Mirando la superficie cerrada de las aguas me pregunto: ¿Qué hay más allá?

La última hora del sol apostó al equilibrio sobre el límite máximo de la marea vespertina. ¿Qué recuerdo marítimo traerá mañana? Quizás envíos demorados, una botella o cangrejos abandonados por la consecuencia de las olas en una playa desierta.

Puntual, volverá sin sorpresas. Regida por la atracción de cuerpos celestes y resignada a la manera de nuestras fórmulas que persisten en definir la distancia desde donde mirarnos y sobre cuánto deben apretar las manos.



María Eugenia Zavattieri (San Rafael, Mendoza)

Las aguas de un embalse en Córdoba no se parecen al Atlántico. Turbias, estáticas, desconocen la dinámica arrolladora de las corrientes y, en general, es limitado lo que puede verse. Pero ese fue el lugar elegido para que María Eugenia comenzara a bucear, señalándole límites a la vida. Límites que le permitieran suspenderse o flotar a la deriva en la superficie adormecida.

Años más tarde, el deseo la condujo por fin a Puerto Madryn y a una realidad incipiente de buceadores cortando la extensión cristalina.

Hoy vive del mar y por el mar, dirigiendo un bote hacia los escondites de pulpos y peces, arqueando el cuerpo como lo haría un lobo marino al encontrar sus presas.

Cada día se consume en la estela de la intuición y el descubrimiento, la contemplación del paisaje y las formas submarinas. De noche es dibujante, artista asombrosa de corazón amarrado a la intemperie.

Una mujer silenciosa, tímida hasta en el espejo, que defiende su tiempo con la individualidad armada de los ausentes.



Puerto Pirámide es el único pueblo de Valdés y, por lo tanto, el lugar donde preguntar por relatos que tienen que ver con antiguos pobladores.

Doña Cecilia Morón de Ellis, por ejemplo, no puede confiar en sus ojos cuando le señalan la velocidad despiadada de los cambios del lugar. O el hotel y bar El Español, sobreviviente de la historia que todavía conserva parte del clima de los pioneros. Recibiendo, luego del trabajo, a los vecinos que requieren un poco de conversación, dejándose todos ellos ver entre la transparencia de las botellas y del espejo inglés, que cumple la rutina del reflejo desde fines del siglo XIX.

Pirámide es el cruce de caminos obligado donde embarcarse y buscar a las ballenas. Miles de turistas lo visitan cada año con la esperanza de aproximarse todo lo posible a estos animales y... seguir viaje. Convertido casi en un territorio de paso, es por lo tanto un desafío definir la personalidad del pueblo para concluir que una de las características más salientes es la exaltación de lo provisorio. Que sigue tanto

el ritmo de los turistas peregrinos como el de las ballenas, que hoy están, ¿y mañana?

Es difícil encontrar un rasgo uniforme al transitar la arbitrariedad de sus calles. Pero cada vez son más quienes se dejan seducir por la proximidad de estos animales marinos o el romanticismo displicente de su atmósfera y deciden instalarse dentro de estos límites. Hombres y mujeres que convierten al Golfo Nuevo en el horizonte diario y a las dunas vivas en el patio de atrás de cada casa. Y en ellas, cruzando algunas puertas o en la soledad compartida de la playa, los sentimientos cobran vida. Como en todas partes cuando la proximidad despliega su atracción entre las personas y entonces surgen las pasiones. Igual que en la ciudad, aunque todavía por aquí la intimidad no requiere de paredes, está allí nomás, cruzando los tamariscos.

Finalmente un lugar, la península, donde conviven seres de todos los reinos, atrapados en las redes que los unen o separan en el azar innumerable de la vida.

Puerto Pirámide, nombre inspirado, concebido por el trabajo del viento en los acantilados. Pueblo en estado inicial, de cementerio casi deshabitado, que reclama el derecho de una vida propia.

Con intimidad reciente, practicada por residentes que, en la noche peninsular, se dejan alumbrar bajo luces nuevas de neón; proyectando en su imaginación límites, diagonales urbanas y una plaza, centro de todo, necesaria, en un lugar de tamaño variable: la playa misma.

La condena que nos impusimos bajó de las paredes de la casa sin dejar que una sola palabra compartiera la mesa, los vasos, preguntara por el tiempo y las tormentas.

¿Tuvimos algo que decirnos desde cada lado del camino?

Extraños de un hemisferio solitario, nos dejamos cerrar los ojos por la arena y la impaciencia. Incluso el viento supo ocupar cada herida, enredarse entre tu ropa hasta romperla, me quebró los brazos y no pude alcanzarte.

Maldita ansiedad, que en un instante aceleraste las gotas desechadas por la lluvia, regalándoles la fuerza de una ola. Así terminamos pidiendo complicidad a los sonidos de la tarde, empecinados, necesitados de que el día termine y olvidar, de una vez por todas, los quejidos graves de los muebles.



Allí detrás está escondido el día de ayer. ¿Qué fuerza extraña sostuvo las bisagras durante tanto tiempo para resguardar aquello que reservamos para nosotros? Lo que soñamos y no pudimos decir en las cartas que nos enviábamos cada noche. ¿Qué será de ellas? Ruego al óxido de la cerradura que mantenga la clausura definitiva de la entrada. Que nadie cruce el umbral de nuestro cuarto, aunque las paredes hayan sufrido la humillación de la desdicha y el techo ya no sea más una defensa para la lluvia que, muy de vez en cuando, nos visitaba. De todas formas esto ya es algo sin sentido y por ello, si alguien descubriera esa puerta, que denuncie su hallazgo a los vecinos. Ellos conocen de qué se trata. Saben que, sin aviso, alcanzaste la calle hasta perderte para siempre y que, después de eso, la puerta quedó abierta mucho tiempo. Dirán que cuando el sol de la tarde iluminaba el interior, una figura con la armadura destrozada esperaba y que de repente, después de varios años, abandonó la última esquina y desapareció. Luego de eso, por curiosidad, ellos dispusieron recordar nuestros miedos, el triunfo que nos eligió una noche y la derrota del día siguiente. La luz de las velas, las historias. La cárcel y el paraíso. Dirán que primero te fuiste y que, luego, el hombre que quedó solo se volvió loco. Y tendrán razón.



Cecilia Morón de Ellis (Puerto Pirámide, Chubut)

De sangre mapuche y española, supo criar once hijos. Trabajó en la municipalidad de Pirámide y su casa, a principios de siglo, era la panadería del pueblo. El esposo fue peón de campo y esquilador. Uno de sus hijos aprendió el oficio de lobero... Y después guardafauna.

En las paredes antiguas, las fotos familiares son un remanso para el tiempo que pasa aunque más allá de la puerta, los recuerdos y el pueblo que conoció van perdiéndose inevitablemente.

Este progreso apurado, de varias caras, le exige adaptarse cada año. Y tal vez quiera decir no. Es el derecho que aspira a reclamar quién llegó primero pero que hoy, probablemente no será tenido en cuenta. En la deriva que la rodea, de pie frente a su hogar que alguna vez miró el mar, es casi una náufraga tiritando en una isla lejana.



Corren en las calles de tierra los cuerpos apurados por historias personales. Se refugian dentro de las casas y la intimidad cuidada de los pasillos es un escondite de miradas dementes y besos que estremecen la luz.

Mismas luces en los barcos que pasan a la distancia; allí también van otras vidas paralelas, sin detenerse.

Casi siempre estoy muy atento a lo que ocurre en el cielo. La libertad de las nubes, su origen, la dirección del viento. El verano es la temporada de las formas elocuentes, blancas durante el mediodía, gloriosas al atardecer. El invierno parece ser el heredero de la piedra; gris, plano, con días demasiado cortos.

A pesar de que los acontecimientos ocurren aquí, frente a mí, vuelvo a mirar hacia arriba buscando explicaciones, como si la atmósfera celeste o las estrellas tuvieran algo que decir; la seguridad que otorgan las palabras dichas bajo las sombras de los árboles o durante las horas nocturnas; pero siempre con el cielo de testigo para que cada frase suene a los oídos honesta y definitiva.

Reflexiones vespertinas mientras descubro tres martinetas, atrapadas en un triángulo de pasiones polvorientas, vuelos cortos y corridas apresuradas sin razón. La estrategia de la conquista y el triunfo o la desazón del rechazo, subsistiendo a pocos centímetros del suelo. Se esfuerzan estos pájaros elegantes por unos segundos de proximidad insuperable en los dominios de Punta Norte, conocida hace años como San Eufracio y luego Punta de Lobos. Escenario remoto para una farola funcionando en un principio con gas de acetileno y los juegos de guerra de unos animales casi todopoderosos: las orcas. Cada otoño los delfines

blancos y negros deciden alimentarse de las crías de los lobos marinos y practican la osadía de capturar a los desprevenidos en la playa misma, saliendo del agua hasta casi quedar varados en la arena. Si estoy allí mis sentimientos cruzan más allá de la orilla. Las orcas, que descifran los sonidos en el pedregullo de la playa, acechan a los lobos con la determinación de un tren expreso. De la violencia en la espuma surge el rechazo, la condena. Pero, como la otra cara de una misma moneda, también me rindo ante la supremacía del temible que juega con mi corazón acelerándolo sin control. Sufro o festejo cada captura, soy testigo de la muerte violenta y la cerebro exaltando al que mata. Contradicciones en Punta Norte donde la fascinación del poder o la solidaridad por el débil son fuerzas antiguas luchando, oponiéndose en lo profundo del espíritu.

Juan Carlos López, ex guardafauna, estuvo aquí cuando nadie sabía de la existencia de estas batallas silenciosas. Y para él ya no hubo un solo día en que no estuviera pendiente de ellas. Hoy, las circunstancias lo llevaron a vivir en Puerto Madryn pero el desvelo de unas aletas dividiendo el agua no logra abandonarlo un instante. Obsesión incansable, persiguiéndolo, o mejor dicho, convirtiéndose en una balsa salvadora a la cual supo aferrar su vida.

El cielo es el dominio de nubes y gaviotas enriquecidas por el viento, halcones revisando el techo celeste, golondrinas con un manual de geometría sobre el suburbio vertical.

De repente, la luz sumergida detrás de los huesos, en túneles pasando la tráquea, llegó al corazón. Una tierra de cementerios cerrados por verjas de hierro, árboles y pájaros muertos, inmóviles como lápidas. Si fuera posible reclamar aquél cielo, un conjuro de alas creciendo desde las manos abiertas, volverían entonces las gaviotas, los halcones y las golondrinas, a posarse en la cornisa de la casa para brindarnos protección contra la humedad y el desaliento.

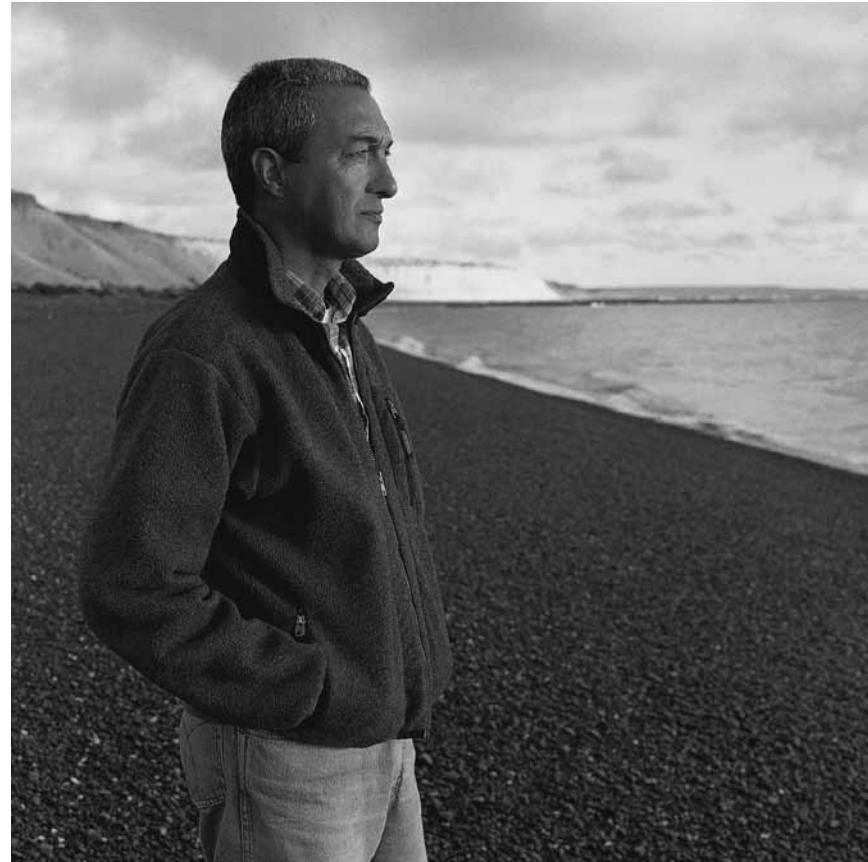
No hay movimiento en la tierra y el viento ya se fue quién sabe donde.
No, no son pájaros los que cruzan el cielo y la luz es tan antigua
como el trapecio salado al que llaman mar.

Estoy en una estación apartada, exagerada hasta para los amantes que,
si aquí llegaran, descubrirían en el silencio todo aquello que en el
otro es mejor ignorar.

Nada logra distraer a la dimensión sentenciada de Punta Norte,
marginal en esta tarde con cielo desolado. Ni siquiera una sola alma
para acompañarme a mirar por las ventanas minúsculas del faro,
a trepar por la escalera oxidada, peldaño por peldaño y en el final,
desmoronarnos con la conciencia fracturada de los solitarios.

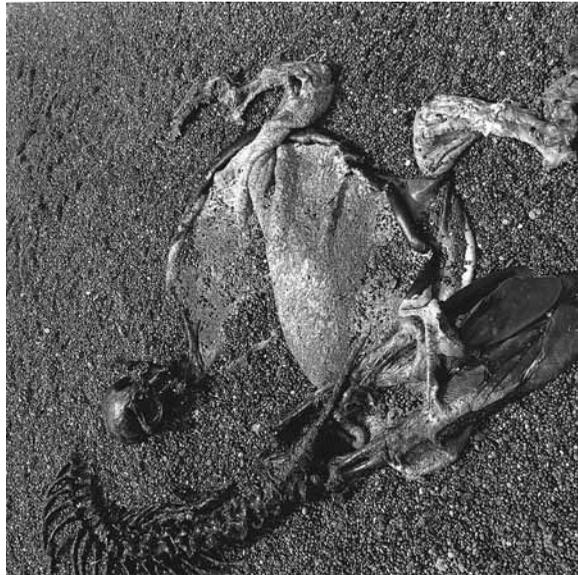
¿Es que no hay nadie? debo gritar.

Si es así, entonces que venga el mismo Dios a reflejarse en los
vidrios asfixiados de la torre y quizás esta vez, por fin, tenga el
valor para rogar el olvido que cicatrice las heridas lejanas.



Juan Carlos López (ciudad de Buenos Aires)

Llegó a Puerto Madryn en 1972 y dos años más tarde se convirtió en el guardafauna de Punta Norte, que por aquellos tiempos ya insinuaba el contraste entre la quietud del invierno y la posterior invasión diaria de visitantes. Una atmósfera donde el guardafauna era la autoridad, Pirámide una insinuación no comercial y los caminos un esfuerzo de la imaginación. Parado frente a las olas, el azar lo interrogó sobre el movimiento del agua y unos segundos más tarde, siete orcas soplaban el aire de su territorio. Minuto fundacional en la vida de Juan Carlos, que se dejó llevar por ellas. Buzo, obsesivo de los detalles y persistente en el acto del bautismo: Des, Bernardo, Jen o Blanca, fueron la inspiración de este guardián de Norte, en una época en que la sola presencia podía cuidar los tesoros de la creación.



Verde imperceptible, ocre, colores secos bajo un sol que casi siempre encuentra una nube para debilitar su intensidad, evitando dar lugar al brillo descontrolado. Es que por aquí las flores son tímidas y los pájaros apresuran el vuelo, ocultando el reflejo luminoso de sus plumas; la satisfacción del detallista. Este es el clima que flota en el aire y la tierra su testigo.

En el otoño y la primavera llueve, pero cuando la temporada es de seca, llegan a abrirse grietas en el campo que aceptan la curiosidad de quien quiera saber qué hay más abajo. ¡Cuántas ovejas caídas por la debilidad de sus patas, reclamando nuestra ayuda para levantarse!

Tierra dura, difícil, aunque de vez en cuando el cielo le acerque un regalo de humedad prestada y los charcos del camino reinen por unas horas. Pero ya volvió a instalarse una línea gris de polvo sobre el horizonte, uniendo los alambrados, tan antiguos como parecen; pasivos, definiendo límites en esta naturaleza alejada del idealismo, austera, que encuentra una dimensión precisa en el esfuerzo por la supervivencia. Que lo confirmen sino las osamentas desordenadas por animales vagabundos, que a cada paso nos recuerdan una lucha perdida.

También hay sinónimos de derrota en las costas de Punta Buenos Aires, Delgada o Norte. Lugares de arena seca que pertenecen al tiempo y a los huesos de los lobos marinos muertos, despreciados, sorprendidos. Campos de batalla, donde quienes se creyeron vencedores no enterraron a los muertos y por eso, aquellos huesos que alcanzaron a

resistir el tiempo son mojonos blanquecinos de esta reseña de atropellos. Restos oxidados de calderas y cráneos, cueros resecos y botellas maltratadas por la implacabilidad de la arena. De todos esos años, exiguas líneas en la historia de la península, sólo quedan fragmentos como únicos indicios. Más allá están los recuerdos imprecisos, fotos fantasmales y algún sobreviviente de esas campañas sin recompensa. Es el caso de Félix Davies, antiguo lobero que aún puede verse quitándoles el cuero a los lobos recién muertos, el fundido de la grasa y el aceite, los piletones con salmuera para conservar esos cueros que más tarde se enviaban a Buenos Aires. Toda la vida con el clima sobre la piel, la naturaleza ofreciendo y quitando al mismo tiempo. Época donde el desafío corría detrás de cuanto se podía aprovechar, una lucha diaria con la tierra, los animales, las fuerzas naturales más allá de cada hombre. Para ellos la cuestión no era vivir sino sobrevivir y por eso, de estos hechos sin demasiado sentido, nada es lo que hoy podemos reclamarles.

Historia de matanzas y explotación en las costas atlánticas que en unos años, serán recuerdos de bibliotecas privadas; es que los huesos, desintegrados por cada tormenta, son tapados por la arena y las máquinas herrumbradas persisten en volatilizarse en el viento. De aquellos hombres en estas playas, no hay noticias. Del sudor, el frío en la piel desnuda o la paga miserable nunca quedan rastros.

Mis ojos vieron al viento morder la tierra hasta el hueso, al tiempo seco abrir tumbas para los médanos.

¿No fueron acaso las ovejas que una tarde se perdieron en la arena que sus patas levantaron?

Planicies que dejaron los guanacos, desierto disecado sobre el suelo desnudo, no sigas avanzando ni castigues al hombre y a sus animales, que convirtieron este rincón en un camino de piedra muerta.

Cada metro de la tierra guarda un esqueleto; voluntad del destino para vidas devoradas, sin historia ni oraciones.

Caballos huérfanos entre los pastos, arena seca en los huesos de petreles y lobos marinos. Unos y otros tuvieron su instante de ojos débiles, resignados antes de desplomarse, inadvertidos.

En estos cráneos ausentes, aún es posible escuchar las tinieblas de un lamento desvelado.



No pudo esperar ni un minuto más para tocar la tierra que ya tiene el color de un caballo agotado o golpear los postigos de cada ventana, un regalo a los pulmones secos del campo. Lluvia fría que engañaste a los espejos de unos tanques australianos, humedeciendo la arena sin dejar rastro, me prometiste flores del tamaño del alma. Dame una mañana para ordenar la penumbra de mi cuarto, ignorar el futuro, tomar mate y esperar sin apuro que decidas ahogar tu fantasma, para empezar de nuevo.



Félix Davies (Rawson, Chubut)

Criado en la Península Valdés cerca de su madre galesa y padre vasco, aunque por razones reservadas a los interesados, llevó siempre el apellido materno. En los comienzos de la década del 40, y con dieciséis años, ya era “caballerizo” en las faenas de lobos marinos; aquel peón que, junto a un caballo debilitado por innumerables temporadas, tiraba de una sogá para subir los cueros de los lobos hasta la cresta de las barrancas en Punta Delgada. O arrastrándolos nomás en Punta Norte. Día tras día arruinándose las manos y la espalda, durmiendo en la intemperie disimulada de las chozas de chapa, con frío y viento por todos lados. Cientos de lobos muertos por un afán inocente, sin intenciones ni beneficios, apenas un trabajo y nada más. Como casi todos, peregrinó junto a la esquila y siempre tuvo tiempo de ser puestero en lo más alejado de la península. Años de conversar consigo mismo. Hoy todo aquello es una memoria lejana para una vejez solitaria de asilo en Puerto Madryn, con horas iguales junto a la compañía simple del bastón. La desprotección final de una historia de vida consumida por la tierra implacable, que hoy lo ha sentado en la vereda a esperar. Si fue infeliz, destino maldito.



A través de los años, Valdés representa el deseo a punto de ser alcanzado. Protegido dentro de sus fronteras extendiendo la arbitrariedad humilde de las fragancias y dejo que las metáforas proscriban cada obviedad del paisaje. Pero hay ocasiones en que los vaticinios pesimistas actúan y, de repente, la inmensidad sobrenatural de la planicie se parece mucho al abatimiento, a la melancolía insobornable. Es el ánimo que define mis presagios, hasta convertirme en testigo de un cambio irremediable que debilita el espíritu ancestral de esta avanzada marítima.

Por las rectas pavimentadas, interminables, eficientes en ocultar las curvas originales de las huellas, se despide la historia íntima, el comienzo. Sobre estos caminos recién abiertos viajamos más rápido y vemos casi nada. Hasta los animales eligieron retirarse a la distancia, desapercibidos, ignorados por la velocidad. Kilómetros sin encontrar un zorro o coincidir con el viaje de una araña ínfima.

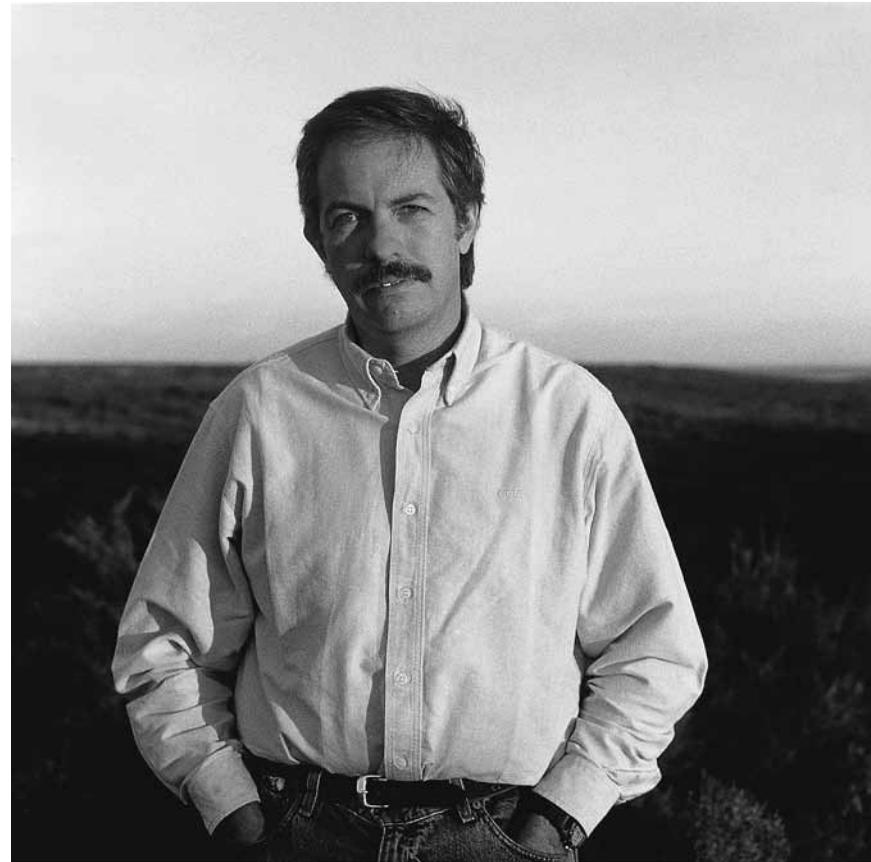
En esta planicie de lo sutil, tanto que el viento, por aquí fuerza máxima, es invisible, lo evidente casi no existe. Si hasta las ballenas se estremecen cuando las roza la niebla. Pero cada día veo el horizonte del mar ocupado por barcos y el de la tierra con cables y postes. ¿Qué será de este lugar en unos años? Si dejamos que las formas conserven el misterio y que pueda

transcurrir un minuto sin preguntarnos por qué, la Península Valdés tendrá una oportunidad de perdurar tal cual la hemos conocido. Cada metro de estas fronteras será, con la justicia que respaldan los siglos, un territorio sagrado.

En fin, en esos momentos de nostalgia prefiero caminar solo, rodeado de una naturaleza imperfecta que sin freno evoluciona. Adivinar la fisonomía de este lugar antes del primer habitante. Seguir como él los médanos de forma difusa y cruzarme con los rastros de criaturas indescifrables que de repente se interrumpen y me llevan a interrogar a la arena: ¿Acaso quienes dejaron estas huellas se desvanecieron en el aire?

En mi recorrido presto atención a los árboles, estructuras melancólicas que por aquí son individuos indefensos, o me acerco a la conciencia pasiva de las plantas, receptoras tanto de las caricias de los insectos como de mis reclamos.

Más tarde llegará el intento de convencerme una y otra vez de que la próxima mañana será mejor. Por ahora, lo aconsejable es no abandonar este territorio de luz casi artificial y esperar a que la noche, encubridora de detalles, aliente con alguna compañía la agonía de la confesión.



Alfredo Lichter (ciudad de Buenos Aires)

Alma de naturalista, seguidor obsesivo de los elefantes marinos y de la orilla del mar; soñador en el desconcierto de un mundo de hombres serios. Solitario inquisidor de su espíritu. Filósofo de tiempo parcial que, resignado, descubrió en la prolijidad de la razón la excusa aceptable para, sin compromisos, mostrar el universo de los afectos... Pero que finalmente ha comenzado a desobedecer.

Claudio Campagna.

Caminando conocimos cada movimiento irrespetuoso de la arena sobre los alambrados, árboles secos barridos en una noche.

Médanos como ondulaciones del viento, suaves, fríos en la palma de la mano, que sin quererlo asfixian a las plantas. Paredes donde, al quitar un cristal luminoso de su base, se provoca un derrumbe irrepetible, con formas únicas, descendentes.

Brilla el sol mientras la brisa marina apresura la despedida. ¿Sólo arena se voló esa tarde?

A Gonzalo Detry,
con el recuerdo del lago,
los años intactos...

La península es un paisaje de árboles necesitados de compañía, resignados a la tristeza inexplicable que provoca enfrentar al horizonte lejano.

Cuando no miramos allí están desgastando una madera sufrida, con hojas débiles plateadas por el mar en este cielo que se vacía de a ratos.

Eucaliptos, molles, espinillos,
compartiendo el trance botánico de aceptar la mística de la luz que, al atardecer, es vida demorada para su mecanismo natural..

Uno y detrás otro; una barrera que divide el aire como hace años,
cuando los alambrados comenzaban a vulnerar la tierra con su escala
más austera de líneas oxidadas y postes de madera dura, un refugio de
insectos y gusanos.

En cambio estas columnas erizadas se fugaron al espacio hasta triunfar
en su lucha sobre el horizonte y hoy parecen una señal inaccesible
sobre el cielo cortado.

Por ello, a quién le importa que descifremos el vértigo de los cables
brillantes si nunca recobramos lo perdido.

La intimidad remota, avasallada por avenidas,
heridas sin historia.

¿Acaso no estábamos más cerca cuando la lluvia nos aislaba y el
camino que debíamos desandar existía para unos pocos?

Hace ya muchos años, mientras miraba desde la ventana de un hotel en Cipolletti la planicie cercana, fui alcanzado por el placer de la luz inundando el escenario de la estepa patagónica. Esos viajes, sus recuerdos, son preceptos que conservo y que nunca llegan a incomodar. Por el contrario, en la inseguridad cotidiana soy asistido por aquella luz.

En ese catálogo de imágenes auxiliadoras, la Península Valdés es el molino de sonido acompasado, con su sombra moviéndose sobre los pastos y las ovejas. Las velas reclamando la categoría de estrellas, el faro dilapidando luz en la playa hasta encandilar los ojos nocturnos de las aves. La distancia cruel torturando las almas durante el invierno, cuando la tarde y la noche son la misma cosa. Y el mar...

Amigo y enemigo, aquello que no puede ser abarcado, azul en la madrugada, antes piedra negra al no quedar indicios de la luna.

Y podría al azar mencionar a las ballenas o a un indefenso árbol solitario. Todas figuras perfectas en la memoria, fieles con mi espíritu; como la arena oculta en un bolsillo, vulnerable, desafiando a las olas de la imaginación a crecer hacia el recuerdo.

Epílogo

La cocina, con el silencio de la noche y las gotas de agua resbalando por los platos recién lavados, es un lugar elegido para escribir. La caligrafía tortuosa en un juego de sombras sobre el papel, el relato de las historias dentro de sus límites, son suficientes para disfrutar cada minuto. Hoy debo fijarle un final a este ensayo, compuesto de corazones tímidos y paisajes que pertenecen a un territorio con alma marina, pero la inspiración sólo reconoce ideas sueltas.

Me decido. La Península Valdés ha sido el destino donde encontré un camino hacia el mar. Relacionarme con él, entender la fuerza devastadora de su oscuridad, la imposición de las mareas. Pude descubrir aquí el secreto de los animales oceánicos y en algunas personas la coincidencia o el eco nuevo de sus palabras. Logré reconfortarme y sufrir en cada una de estas páginas, siempre alimentado por la pasión egoísta de aquellos que hablan solos.

Apenas algunas ideas dispersas que se deslizan en un clima de radio con blues lejano incluido y una vela que está a punto de apagarse. Casi sin luz y sabiendo que la melancolía ya está dispuesta a todo, es mejor dejar de escribir.

Por ahora ... Hasta mañana.

Agradecimientos

Muchas personas hicieron posible que pudiera escribir y publicar este libro. Quiero agradecer especialmente a Claudio Campagna por su ayuda y a todos aquellos que se prestaron a contarme sus experiencias. A Virginia del Giudice que hizo realidad aquello de descubrir y hasta robar el alma a través de las fotografías. A Karina Hadida, Ana María Somoza, Pedro Mairal, Dolly Alexander y Vicky Zavattieri. Al Automóvil Club Argentino por permitirme reproducir su mapa de la Península. A María Elina, Victoria y Juan por exponer su paciencia hasta límites insospechados.

Alfredo Lichter

Nació en Buenos Aires en 1955. Comenzó a viajar a la Península Valdés a fines de los 70, participando de estudios relacionados con las ballenas francas y los elefantes marinos. Coautor de la "Guía para el reconocimiento de cetáceos del Mar Argentino" y de "Las Ballenas de la Patagonia". Es también autor de "Huellas en la Arena, Sombras en el Mar" y "El Sueño de las Piedras". Por esta última obra recibió el Premio Fortabat de Poesía 1994.

Virginia del Giudice

Nació en Buenos Aires en 1960. Estudió un tiempo Filosofía y Letras y fue, durante catorce años, azafata. Vivió en Nueva York, donde trabajó con la fotógrafa María Robledo. Al volver abrió su propio estudio de fotografía publicitaria y editorial. Es creadora del Primer Curso de Fotografía para Psicóticos del Hospital Borda. Se han expuesto obras suyas en el Museo Nacional de Bellas Artes y en el Centro Cultural Recoleta, entre otros.